

## PONENCIA SOBRE LA RAZÓN Y EL MITO

La historia del pensamiento humano ha sido generosa con los dualismos, el bien y el mal, la materia y el espíritu, el individuo y la sociedad, la izquierda y la derecha... son una muestra de algunos de los muchos conceptos que nos rodean, significan, en general, ideas sugerentes que suelen exponerse con bastante radicalidad, y ello ha de ser así para facilitar los posicionamientos personales, si se expusieran habitualmente matizando sus contenidos, valorando relativamente lo que aparenta ser absoluto provocaría muchas dudas y confusión, lo que impediría un alineamiento claro y decidido que es lo que generalmente pretenden los “inventores” del concepto. Atender estas invitaciones supone que nos situemos en esferas sociales, religiosas, políticas, etc. y aun más, que sepamos quienes son nuestros adversarios y también nuestros aliados, no se podría esperar más, sin ninguna duda gracias a ellos, a los dualismos, nuestras sociedades están mejor estructuradas y definidas.

Pero aunque esa sea la percepción generalizada lo muy cierto es que multitud de pensadores han sabido utilizar los

conceptos contrapuestos como simples referencias para exponer sus tesis, es como el uso que hace el matemático del cero y del infinito, le son necesarios para llegar a determinadas conclusiones y, sin embargo, nadie puede afirmar lo que es una cosa y la otra porque no son realidades aprehensibles, se escapan a nuestro entendimiento y por ello, y también como consecuencia de su abstracción, no pueden ser considerados absolutamente, tanto más cuando observamos que las valoraciones personales que se hacen sobre los conceptos enfrentados suelen diferir, así que sabemos aproximadamente de lo que hablamos, y esto les sucede aun a los más eruditos, qué decir de quienes llegan al proselitismo impulsados por razones culturales, familiares o simplemente por seguir la idea dominante del momento.

Este preámbulo era necesario porque nos vamos a enfrentar a otro dualismo, la razón y el mito, y parece conveniente comenzar por cuestionar las posiciones irreductibles, abandonemos el mundo de los blancos y negros sumergiéndonos en el de los grises con todos sus matices, tanto más en este caso, cuando en su planteamiento parece haber una contradicción, porque es evidente que sin razón no puede existir el mito ¿acaso la fe es algo irracional?, necesariamente deberemos realizar un planeamiento más riguroso.

Los humanos somos una especie dubitativa, todos los millones de neuronas que tenemos disponibles sin ningún mensaje genético concreto están esperando ser utilizadas, su fin o su destino es ayudarnos a especular y a decidir, así que cuando nos enfrentamos a un interrogante ya estamos utilizando la razón, pero cuando buscamos respuestas se abren ante nosotros dos grandes caminos, uno está cimentado en la reflexión, donde es necesario aplicar la lógica en todo momento llegando a conclusiones que se soporten racionalmente, es una empresa difícil en la que abundan las frustraciones, donde los grandes interrogantes suelen quedar sin respuesta. El otro camino es justificar nuestra incapacidad, nuestra pereza o nuestra falta de determinación para emprender el primer camino asumiendo la existencia de realidades que están más allá y por encima de nuestro entendimiento; el determinismo, la fatalidad o lo trascendental terminan siendo términos recurrentes donde los humanos nos sentimos más protegidos, asumirlos supone no tener que enfrentarse a cuestiones que, además de complejas, pueden llegar a sumergirnos en ese mundo absurdo sobre el que nos alertaba Camus.

Para dar mayor consistencia a este razonamiento recurriremos a Russell “Los conceptos de la vida y del mundo que llamamos filosóficos son producto de dos factores: uno está constituido por los conceptos religiosos y éticos

heredados; el otro, por el tipo de investigación que se puede denominar “científica”, empleando la palabra en su sentido más amplio. Algunos filósofos han diferido ampliamente respecto a la proporción en que esos dos factores entran en su sistema; sin embargo, es la presencia de ambos la que en cierto grado caracteriza la filosofía”, por si aún pudieran quedar dudas afirma más adelante “Todo conocimiento definido pertenece a la ciencia, y todo dogma, en cuanto sobrepasa el conocimiento determinado, pertenece a la teología”

Cuando los fenómenos son entendidos de forma cambiante, condicionados por el lugar y la época, por las circunstancias e incluso por los individuos afectados, siendo ellos en sí mismos la única realidad, nos desenvolvemos en corrientes filosóficas que conocemos como relativismo, individualismo, fenomenalismo, positivismo, humanismo, empirismo, existencialismo, pragmatismo, utilitarismo, etc. Los comportamientos morales se establecen en función de las circunstancias, lo que se conoce como una “ética situacional” desconfiando de todo tipo de normativa o principio permanente. Frente a estas posiciones de pensamiento libre se sitúan quienes creen en patrones absolutos y verdades invariables que existen por encima de las acciones y las situaciones individuales e incluso colectivas, por las que no se

ven afectadas; en estas filas militan los absolutistas y los idealistas. En fin es el mundo con Dios o sin Dios.

Kathleen Nott nos recuerda que Russell define las dos grandes líneas de pensamiento, la empirista y la idealista, remitiendo su origen a Demócrito y Platón (nos parece que Heráclito y Parménides ya perfilaron las posiciones), se olvida que Bacon en su *De Augmentis Scientiarum* dejó claramente definida esta cuestión, no obstante la traemos a colación porque, aunque con cierta radicalidad, estableció esa bipolaridad “En conjunto, el desarrollo humano ha surgido del planteamiento empirista, mientras que el anti-humano puede relacionarse con las diversas formas del idealismo filosófico”

La historia de la filosofía está jalonada de grandes pensadores que fueron ocupando distintas posiciones dentro del amplio arco que definen las dos corrientes expuestas, pero para facilitar la comprensión del proceso es conveniente llegar a conocer sus orígenes, es probable que ello nos ayude a definir nuestra propia posición.

En un principio fue la supervivencia y a continuación surgió el mito, seguramente los neandertales ya comenzaron a rendir un culto al misterio de la muerte, *homo sapiens* lo hizo sin ningún género de duda, las pinturas rupestres y los túmulos encontrados lo confirman plenamente, se sabe que en el paleolítico superior se practicaba la inhumación, los cadáveres eran salpicados con un polvo ocre y depositados en

fosas rodeados de diversos objetos, generalmente aderezos personales como colgantes o pendientes, también suelen aparecer junto a huesos de animales, por lo que se deduce que probablemente la ceremonia del entierro fuera acompañada de algún ritual u ofrenda, porque desde siempre las experiencias esotéricas o sagradas han tendido un puente en el espíritu humano entre el entorno cargado de realidad y todo aquello que se escapa a su entendimiento; pero es en las sociedades sedentarias cuando la actitud frente al mito va más allá de un comportamiento individual o colectivo ante lo arcano transformándose en el centro gravitacional sobre el que se sustenta la vida en común, los reyes son dioses o de origen divino, las normas de comportamiento fueron comunicadas directamente por los dioses o inspiradas por ellos a los sacerdotes, surgen las cosmogonías más disparatadas en donde queda de manifiesto que la humanidad debe su existencia al valor y la generosidad de los dioses, y ningún pueblo se atreve a iniciar una acción bélica sin congraciarse previamente con los dioses; la fertilidad del suelo se asocia a la de la mujer surgiendo el concepto de la diosa madre, y la práctica del proceso agrícola aportó el misterio de la renovación periódica de la vida, se trataba del mito de la resurrección adoptado por la mayoría de las religiones, sobre todo las de origen oriental, también lo hizo el cristianismo, pero esto no debe sorprendernos porque en

todas las culturas conocidas se observa un proceso de continuidad de las creencias religiosas más antiguas, en esta línea ha funcionado en todo momento el fenómeno conocido como sincretismo religioso.

Los pueblos nómadas o seminómadas manifestaron de otro modo su religiosidad porque sus necesidades eran otras, no cultivaban la tierra y de ella tomaban en cada momento lo que necesitaban aunque para ello tuvieran que enfrentarse a las poblaciones agrícolas, era una vida arriesgada e insegura, razón por la que necesitaban dioses fuertes y agresivos, por eso los hebreos adoptaron como propio a aquel dios que tronaba en el monte Horeb, y también ellos proyectaron sus mitos al futuro, en la fiesta de la primavera realizaban sacrificios a sus dioses, aquel ceremonial, que la Biblia relacionó con la salida de los israelitas de Egipto, ha llegado hasta nosotros como la fiesta de la pascua.

Los pueblos crearon a los dioses a su imagen y semejanza, es conocido, como ya se ha indicado, el peso de los mitos arcaicos al ir configurando sus entramados dogmáticos y también la influencia que en términos religiosos se producía entre los pueblos conquistadores y los conquistados, pero todos elevaban sus plegarias para que desde el cielo (el radical indoeuropeo *deiws* quiere decir cielo, *deus* en latín y *deva* en sánscrito) los dioses les concediesen los bienes que esperaban en esta vida así como la protección de sus

enemigos o de cualquier otra calamidad, a cambio ofrecían su acatamiento. Era un pacto de hierro, protección a cambio de obediencia, y para aquellos a quienes inquietó profundamente el más allá, como sucedió en el antiguo Egipto, la orientación necesaria para poder afrontar ese último y definitivo desafío.

Pero a nadie le preocupaba un comportamiento social que respondiera a una ética pactada, y como hemos visto tampoco a los dioses les importaba que la conducta humana se ajustara a una moral determinada, nada que no fuera la obediencia a sus preceptos y a las instituciones religiosas.

La humanidad vivió en ese oscurantismo durante muchos miles de años, desde el neolítico fueron llegando otras épocas como el calcolítico, a continuación la edad del bronce y más tarde la del hierro, la incorporación de los metales a la vida cotidiana de los pueblos representó un avance social importante, tanto por las ventajas que aportaba a la agricultura y a la industria de la guerra como por el enriquecimiento cultural que propiciaron los intercambios comerciales; el cobre, pero mucho más el estaño y más tarde el hierro eran bienes deseados, su búsqueda fue definiendo rutas marítimas que permitieron la colonización de quienes habían quedado descolgados de los logros alcanzados por las culturas más avanzadas.



Pero en todo lugar y momento las relaciones sociales y las actitudes individuales estaban condicionadas y regidas por el mito.

Aparecieron los imperios, las ciudades crecieron y junto a los poderosos y los siervos fue surgiendo, de manera incipiente, una clase media que estaba compuesta por quienes practicaban distintas profesiones y también por los comerciantes, aunque era un mundo cambiante no exento de riesgos la continua lucha por la supervivencia que caracterizó a las primeras ciudades creadas por el sedentarismo provocada por la amenaza del nomadismo y de las corrientes migratorias se relajó en una buena medida y ello fue permitiendo una creciente actividad intelectual que, aunque continuó desarrollándose sin solución de continuidad, alcanzó un hito magnífico alrededor de dos mil quinientos años atrás, por entonces el mundo conoció genios como Buda en la India, Lao Tse y Confucio en extremo Oriente, Zaratustra en Persia y seguramente por encima de todos ellos, al menos para quienes hemos nacido en el seno de la cultura occidental, en las colonias jónicas el hombre comenzó a creer que él mismo, sin la ayuda de los dioses, era capaz de encontrar respuestas.

Aquella explosión cultural merece, por sí misma, ser analizada exhaustivamente, pero ese intento nos llevaría por derroteros distintos a los que condiciona la búsqueda que hemos planteado en estas páginas, por lo que consideraremos

como suficientes las torpes pinceladas con las que hemos querido explicar las causas del fenómeno y volveremos nuestra atención, entre fascinados y asombrados, a aquellos pueblos helenos que estaban comenzando a cambiar el curso de la historia del mundo.

Pero ¿Cuál fue el punto de inflexión? ¿En qué momento podemos establecer que el hombre comienza a pensar por sí mismo?, fue cuando, sin condenar expresamente el mito, los hombres iniciaron la búsqueda de respuestas para explicar los orígenes del Universo lejos de la actividad divina, con la convicción de que existe un orden natural ajeno a cualquier voluntad o fuerza personal.

Se comenzaron a abandonar las soluciones mitológicas pero solo en lo que concernía a cuestiones relacionadas con el entorno, el origen del universo o la explicación de los procesos naturales que fueron los objetos de dedicación de aquellos primeros pensadores, nadie hablaba aún de ética o de moral, lo que afectaba al comportamiento individual no se cuestionaba en aquellos inicios, y aún más, todas las conclusiones a las que se llegaron pueden apreciarse desde nuestra óptica actual como absurdas, pero que nadie se llame a engaño, sin el atrevimiento de aquellos osados, que aplicaron el razonamiento especulativo para intentar resolver cuestiones que siempre habían estado vinculadas a la voluntad de los dioses y a la acción divina, no se hubiera

producido la extraordinaria explosión cultural de la Grecia clásica, ni en Occidente se conocería el humanismo renacentista y tampoco la Ilustración hubiera podido aportarnos el magnífico legado del liberalismo, sin el cual es imposible que se hubiera producido el advenimiento de los regímenes democráticos que disfrutamos actualmente, de los que nos sentimos tan orgullosos, sentimiento legítimo aunque no exento de petulancia.

La historia del pensamiento humano o de la filosofía occidental tiene un lugar de nacimiento, fue en Mileto, una de las colonias jónicas del Asia Menor, y un protagonista que podemos identificar en Tales, un sabio que nació el año 624 ante de Cristo y que en su tiempo fue admirado por su sabiduría, Herodoto nos habla de él y nos cita el acontecimiento histórico por el que alcanzó tanta fama entre sus contemporáneos, según esta información el milesio predijo el eclipse total de sol que se produjo en mayo del 585 a. de C., este fenómeno fue importante en sí mismo porque interrumpió la batalla que enfrentaba a lidios y medos, de tal forma que los contendientes llegaron a pensar que los dioses no aprobaban aquel combate, abandonando sus ejércitos el campo de batalla. Debemos aclarar que su predicción se limitó al año en que se iba a producir el eclipse, sin mayor precisión, aun así en aquella época el cumplimiento de su vaticinio debió producir una profunda impresión, aunque es cierto que hoy se

duda mucho de su capacidad para predecir un eclipse, creyéndose como más probable que se limitó a aplicar el cálculo babilónico, según el cual un eclipse, de sol o de luna, se repite cada dieciocho años.

Sea como fuere, el prestigio que llegó a alcanzar entre sus conciudadanos fue enorme, realizó trabajos de ingeniería, como fue desviar las aguas del río Halis mediante la construcción de un canal, también se aceptó su consejo en temas políticos, se considera que fue el introductor en Grecia de la geometría, materia que estudió en Egipto y a la que realizó importantes aportaciones, según Eudemo y Pánfila estableció que un diámetro divide a un círculo en dos partes iguales, que cuando dos líneas rectas se cruzan los ángulos opuestos son iguales, que el ángulo inscrito en un semicírculo es recto y que un triángulo se determina dando su base y los ángulos relativos a su base.

Pero de su legado debemos destacar un razonamiento por el que ha merecido ser considerado por la historia como padre de la filosofía.

Tales (o Thales) observó que era habitual en la naturaleza que una sustancia se transformase en otra, así vio como el mineral azulado llegaba a hacerse cobre; consideró ese fenómeno como una ley natural, por lo que cualquier sustancia podía transformarse en otra y era a su vez consecuencia del cambio de una anterior, si esto era así se

deducía la existencia de un elemento básico del que se derivaban todas las sustancias. Su conclusión final fue considerar que era el agua ese elemento original ya que era el más abundante sobre la tierra. Fue Aristóteles quien nos da noticia en su Metafísica de esta conclusión del milesio,

“Tales... dice que el principio es el agua y, por esta razón, afirmaba que la tierra descansa en el agua. Su conjetura puede haber nacido de la observación del hecho de que el alimento de todos los seres es húmedo, y de que el calor mismo nace de la humedad y vive por ella, y esto de lo que todas las cosas se originan es su primer principio”

No debe desconcertarnos el mérito concedido a alguien que llegara a una conclusión a todas luces errónea, su inexactitud carece de importancia, el pensamiento racional iniciaba su andadura, se adentraba en un terreno desconocido y complejo en todo momento, el mismo Aristóteles supo apreciar esa dificultad; lo que debemos elogiar son dos cuestiones distintas, de una parte parece que inició el camino, que luego resultó tan fructífero, de llegar a conclusiones generales, o leyes universales, a partir de casos concretos, Sócrates es un magnífico exponente de este método racional, de otra parte, ya lo hemos dicho, fue el primero en aplicar exclusivamente la razón buscando respuestas a esas inquietudes que Stebbing define con acierto “Parece que en el espíritu humano existe una tendencia profundamente

enraizada a buscar lo que persiste a través del cambio”, por otra parte Tales no hizo sino seguir ese impulso generalizado que existe en todas las sociedades de determinar una unidad y establecer un orden (Broad) porque sin ambos la estabilidad no es posible, lo mismo da que sean principios morales o éticos, o que vengan definidos por la religión o la filosofía, su objetivo es el mismo aunque no coincidan en el origen y por ello, en esta cuestión, el mérito de Tales no es la conclusión a la que llegó, y mucho menos la materia que trataba, sino el hecho de ser el primero que se alejó del mito aplicando la razón para obtener las respuestas que buscaba.

Anaximandro fue otro milesio, contemporáneo de Tales aunque algo más joven, siguió sus pasos y llegó a la conclusión de que el elemento original, lo que se consideraba el archê, no era el agua sino “una sustancia diferente que es ilimitada, de la cual nacen todos los cielos y los mundos que hay en ellos”, quizá su aportación más importante, dejando al margen que apuntara, como se pretende, la noción de los contrarios primarios, fue la incorporación del concepto apeirón (infinito o ilimitado) considerando que es una cualidad necesaria que debe poseer la archê, porque lo ilimitado no puede tener un origen, de ser así quedaría limitado.

Otro milesio, Anaxímenes, discípulo de Anaximandro, completa el grupo de avanzados, consideró que la sustancia original era el aire y no el agua; ellos comenzaron a

adentrarse, casi a tientas, en un mundo nuevo, el del pensamiento abstracto, sus conjeturas son poco aprovechables, aún tenía que llegar Sócrates definiendo el mundo de los conceptos y desde luego se desconocía el significado de los predicados, sus medios eran muy limitados y los resultados fueron pobres, pero abrieron el acceso y el mundo de la razón se incorporó a la vida cotidiana, cuanto menos en aquellas colonias jónicas.

En la Magna Grecia, al sur de la península italiana el mito reacciona y surge, o cuanto menos toma impulso, el monismo, siendo su aportación al debate la consideración de que el archê es consciente e inteligente, ese posicionamiento frente a la escuela milesia, a la que llamaron physis, sentó las bases del enfrentamiento entre el mundo material y el espiritual; Heráclito, el primer gran filósofo del que tenemos conocimiento, y sin duda, un hombre avanzado para su tiempo, definió un concepto que algunos siglos más tarde desarrollaría el neoplatonismo y que fue capital para la concepción del heleno cristianismo, según el pensador de Héfeso sólo el logos es eterno siendo el principio racional que rige los movimientos del universo, es necesario observar que no se menciona la creación, y es que a diferencia de Yahvé los dioses griegos no crearon el mundo, es con Platón cuando surge con fuerza el concepto de Creador, él toma la bandera frente a la physis “Ni la inteligencia, ni dios, ni el arte, dicen

ellos, son la causa, sino, como os he dicho, la naturaleza y el azar”; hubo en sus tesis una inspiración pitagórica, más tarde llegarían con fuerza la influencia de las religiones orientales, no solo el judaísmo, también el zoroastrismo, que unidas al principio del logos y a las corrientes platónicas renovadas reinterpretan el cristianismo y definen dogmas tan importantes como la divinidad de Jesús o la Trinidad, pero eso ocurrió mucho tiempo después.

El mito envuelto en una capa intelectual asoma al mundo griego de la mano de los órficos y los pitagóricos, ambos movimientos fueron una reacción a la physis, a un materialismo incipiente que iba cobrando fuerza en las colonias jónicas del Asia Menor desde donde amenazaba con proyectarse al resto del mundo heleno. Las nuevas corrientes religiosas o de fuerte contenido espiritual lanzan mensajes que invitan a la reflexión, los pitagóricos consideraban al universo como un ente vivo y todos ellos venían a entender que el alma humana no era sino una pequeña porción del alma divina, muchos siglos más tarde Spinoza diría que los humanos somos la parte finita de un ser infinito, aquellos avanzados de la teología estaban definiendo la mística o el panteísmo y Platón siguió su misma línea de pensamiento, coincidían en que una vida de santidad y pureza permitiría liberar el alma de la rueda de reencarnaciones a la que estaba destinada consiguiendo la gloria infinita de unirse al alma



divina “Feliz y bienaventurado tú, que vas a ser dios en lugar de mortal” (texto encontrado en tumbas de la Magna Grecia) y Empédocles de Agrigento (Sicilia) afirmó “Os digo que yo soy un dios inmortal, no un mortal”; curiosamente el neoplatonismo arropó intelectualmente a aquella secta que llamaban cristianos introduciendo en Occidente un culto trascendente, en el que Dios está frente a nosotros y nos juzga, nada que ver con la mística pitagórica que los estoicos desarrollaron con tanto acierto.

Los cultos órficos y el pitagorismo hicieron otra gran aportación, algo que haría crujir los dientes a la Grecia mítica de Homero y Hesíodo, donde habían muchos dioses que eran los únicos que disfrutaban de la inmortalidad, llegó de la mano de Jenófanes que dijo “Dios es uno” y añadió “Él ve como un todo, percibe como un todo, oye como un todo”, monoteísmo, si a esto añadimos la existencia del alma y la inmortalidad que se alcanza en función del comportamiento individual, no podremos menos que reflexionar que todo esto sucediera cinco siglos antes del advenimiento del cristianismo, y aun así siempre nos quedará la duda sobre el nivel de información que tuvieron aquellos padres de las nuevas concepciones religiosas sobre el zoroastrismo, donde ya se habían realizados afirmaciones parecidas.

Recordemos a Heráclito “Aunque este Logos existe desde siempre, los hombres se muestran como incapaces de

comprenderlo, tanto cuando lo han escuchado, como antes de haberlo escuchado. Porque aunque todas las cosas acontecen de acuerdo con este Logos, los hombres parece como si fueran ignorantes cuando experimentan palabras y cosas tales como las que yo expreso al distinguir cada cosa según su naturaleza y decir cómo es. Los demás hombres no se dan cuenta de lo que hacen mientras están despiertos, del mismo modo que les pasan inadvertidas cuantas cosas hacen mientras están dormidos”; Esta cita es importante porque es una referencia del filósofo de Éfeso al logos, concepto que ha trascendido con el tiempo llegando a identificarse con la figura del hijo en la trinidad cristiana, pero después de su lectura no podemos dejar de preguntarnos algo confundidos ¿Qué logos es éste?, porque no parece coincidir con el demiurgo platónico al que unas veces se le considera el hacedor del universo y creador del alma del mundo y otras el que ordena el caos de lo creado (preexistente) o el de los gnósticos que lo consideraban una divinidad inferior, creadora del mundo material, reservando a Dios la creación del mundo espiritual. Es cierto que interpretar a Heráclito es un ejercicio arriesgado, Sócrates dijo de él “Lo que comprendí era bello, y sin duda también lo que no comprendí, pero se necesita un buzo para llegar al meollo del mismo”, con fundamento se le llamaba el enigmático o el oscuro, pero en este caso la complicación es mayor, el término logos evolucionó en el mundo del

pensamiento griego llegando a tener muchas acepciones, así se comprueba que puede considerarse como palabra, rumor, información, valía, proporción, etc.

Si junto a la frase anterior añadimos la recomendación de Heráclito de aplicar el pensamiento racional a las percepciones que recibimos a través de los sentidos, parece que deberíamos entender el logos como la lógica natural (o la ley natural) algo que rige los procesos de todo tipo pero que de ninguna manera define los absolutos.

El de Héfeso afirmó que la materia está en continuo cambio (panta rei, todo fluye), ésta es la doctrina del flujo ininterrumpido y en ella no tiene cabida el mundo formalista del platonismo, en el que más allá de nuestro entorno, fuera del espacio y del tiempo, existen eternamente determinados valores o formas, Platón habló de una realidad permanente fuera del mundo físico. Quede claro cuanto menos que el logos de Heráclito no puede identificarse con el que fue evolucionando en las corrientes platónicas y que su mensaje filosófico abrió las puertas al materialismo y al relativismo.

En un mundo como el heleno, en el que los avances sociales y políticos eran asombrosos, donde podía afirmarse, sin temor de desmesura, que se vivía una época de evolución intensa, se gestó una revolución en el mundo del pensamiento que iba a proyectarse en el futuro condicionando el devenir de Occidente, y con el paso del tiempo, del mundo entero; nos

referimos a la aparición del humanismo, que fue, sin duda, consecuencia de un proceso lógico, si los milesios comenzaron por intentar explicar racionalmente el origen del universo y de la naturaleza, si Heráclito estableció el cambio constante de todo cuanto nos rodea, si Parménides negó toda fiabilidad a los sentidos remitiéndonos a una verdad a la que solo accedemos por gracia de los dioses, si como se ve, entre los presocráticos queda definida claramente la diferencia entre realidad (o fenómeno) y apariencia y si además consideramos el régimen de libertades que comenzaron a disfrutar los griegos era lógico que se acabara aplicando el racionalismo a los asuntos humanos.

Antes de seguir el desarrollo del pulso que se entabló en la Grecia clásica entre los partidarios de la razón y los del mito es necesario presentar a unos personajes que irrumpen con fuerza en este debate. Se trata de los sofistas, un colectivo al que la historia ha tratado injustamente aunque desde la Ilustración, pero sobre todo desde 1930, se les está restableciendo el reconocimiento que merecen por su aportación al mundo del pensamiento especulativo.

El término sofista se deriva de sophia que quiere decir sabiduría, así que estos hombres eran considerados sabios por sus conciudadanos, por la literatura griega sabemos que merecieron ese reconocimiento Pitágoras y Solón entre otros, aunque con el tiempo la palabra sofista fue cambiando su

sentido llegando a ser utilizada en sentido peyorativo en relación con un colectivo muy concreto, y eso parece suceder, al menos Sófocles así lo cree, cuando los sofistas llegan a considerarse como una clase profesional, es evidente que sabio es un calificativo que debiera aplicarse individualmente, si con él se pretende valorar a un grupo amplio de personas en función de su actividad y no de sus méritos personales, es muy probable que se encuentren con facilidad ejemplos que pongan en entredicho el acierto de una apreciación tan generosa, y no es extraño que con el tiempo el apelativo se utilice de forma irónica por sus adversarios, lo que encontró un cierto eco en la sociedad griega, las Nubes de Aristófanes es un buen ejemplo de ello.

Pero aparte de que no todos los sofistas mantuvieran el mismo nivel ¿Cuáles fueron las causas profundas que provocaron el rechazo de ciertos sectores de la sociedad griega? La respuesta la encontramos en uno de los diálogos de Platón en boca de Protágoras, sin duda el más importante de los sofistas conocidos, quien en su parlamento justifica el rechazo social que sufren porque ellos llegaron a Grecia como extranjeros y atraieron a la juventud más prometedora convenciéndoles de que sus enseñanzas eran las mejores, si a este juicio añadimos el aserto de Sócrates, según Jenofonte, de que “aquellos que venden su sabiduría por dinero a todo el que lo desea, son llamados sofistas”, conseguiremos tener una

opinión bastante acertada sobre la valoración de este grupo dentro de la sociedad helena.

Aun conviene añadir algo más, como ya se ha dicho, si no todos, la mayoría de los sofistas eran extranjeros, es decir metecos, o sea inmigrantes, generalmente intelectuales que acudían, sobre todo a Atenas, atraídos por su prosperidad pero también por su tolerancia, sin embargo se encontraban con algunas limitaciones sobre todo referidas a la posibilidad de ocupar cargos públicos y, lo que era más importante, llegar a ser propietarios, consecuentemente, si no les era posible llegar a tener un patrimonio propio era lógico que intentaran obtener recursos de la única forma que podían, enseñar a los demás sus conocimientos, una actividad docente retribuida, algo que es normal en nuestra sociedad, era motivo de reproche entre los atenienses, sobre todo para quien como Sócrates se dedicaba prácticamente a lo mismo sin ánimo especulativo, el pensador ateniense consideraba que la contraprestación era una forma de prostitución y que limitaba la libertad del enseñante; también hubo rechazo entre los mayores que veían con recelo a aquellos extranjeros que intoxicaban a sus jóvenes recibiendo además unos buenos honorarios que les permitían vivir con gran acomodo.

Aun hubo otra razón que provocó una escisión insuperable entre los sofistas y las corrientes socráticas, sobre todo platónicas, y fue su alineamiento racional, desde la

seguridad que les proporcionaba un profundo conocimiento de los escritos de los filósofos presocráticos, ellos declaraban su rechazo a las causas sobrenaturales, creían en la evolución del hombre en su vertiente natural, tomando el testigo de Heráclito aproximándose a la teoría de la evolución de Darwin que, desgraciadamente aun tardaría muchos siglos en llegar, ninguno de ellos hubiera aceptado la existencia de una ley natural inmutable que debiera regular las normas de convivencia, las costumbres o las creencias religiosas, fueron sin ninguna duda, agnósticos, empíricos y escépticos.

Pues bien, fueron estos, los sofistas, los maestros de retórica, quienes profundizaron, tomando el testigo que había dejado Heráclito, en el pensamiento racional, para ellos el poder dejó de ser la consecuencia de un ordenamiento divino y tampoco consideraron que las leyes que deben regular el comportamiento colectivo tuvieran un origen divino, creían que la relación entre el gobernante y los gobernados se debe regir por el pacto, que ese acuerdo establece derechos y obligaciones a ambas partes, y que si quien ocupa el poder lo rompe puede ser depuesto por los ciudadanos; tendrían que pasar mucho siglos para que Locke volviera a exponer los mismo argumentos. Frente a esa normalización de la vida social regulada por los hombres se alzó la voz de Platón para quien las leyes tenían una realidad en sí mismas, eran, en fin, una verdad absoluta que los hombres debemos intentar

aprehender y aplicar a nuestra convivencia; este posicionamiento definió un frente de batalla en el que, seguramente, el más beligerante fue el propio Platón, así en sus escritos leemos, filosofía frente a retórica (Teeteto), dialéctica frente a antilógica (Fedro) o filósofo auténtico frente al bastardo (República), esa animosidad está justificada, se habían planteado dos líneas de pensamiento antagónicas que iban a marcar las pautas de comportamiento político, religioso y social del mundo occidental para siempre.

En las aportaciones de los sofistas están las claves para entender el magnífico significado de lo que se ha denominado el humanismo griego, su relatividad y su individualismo situaban a los humanos frente a sus problemas, ellos y no los dioses debían resolverlos, y así comenzaron a utilizar su mente especulativa para resolver cuestiones abstractas y de gobierno, el pensamiento racional y el conocimiento en general experimentó una expansión desconocida hasta la fecha, que solo se ha repetido a lo largo de la historia cuando se han vuelto a retomar aquellos principios, en el Renacimiento y en la Ilustración.

Fue en el segundo tercio del siglo pasado cuando varios ilustres pensadores, entre ellos Bertrand Russell, comenzaron no solo a reivindicar la extraordinaria aportación de los sofistas al mundo del pensamiento, también sometieron a crítica las tesis platónicas, un debate que, como ya se ha dicho



hay que situar en sus orígenes en el siglo XIX, fue entonces cuando Grote enarboló la bandera de los sofistas y Henry Sidgwick contestaba “Fueron una camarilla de charlatanes que aparecieron en Grecia en el siglo V, y que se ganaron holgadamente la vida imponiéndose a la pública credulidad profesando enseñar la virtud, lo que realmente enseñaban era el arte del discurso falaz, a la vez que propagaban doctrinas prácticas inmorales”; en el siglo XX Kart Popper afirmó que representaron la vanguardia del pensamiento liberal y democrático en Grecia, añadiendo que fueron aplastados por los grandes batallones representados por Platón y Aristóteles, hubo quien como H. Kelsen quiso ver en la homosexualidad de Platón las razones profundas de su idealismo, lo que no deja de ser absurdo porque con toda seguridad en ambas corrientes filosóficas habrán seguidores de toda condición sexual.

Intentaremos terciar en este debate aunque queremos evitar cualquier especulación que carezca de fundamento, lo haremos adentrándonos en la figura del mayor representante de la corriente sofista, Protágoras.

La primera dificultad con la que se encuentra cualquier interesado en profundizar la vida y obra de este filósofo es la poca información de la que se dispone, todo lo que ha llegado hasta nosotros es a través de otros filósofos posteriores, en la mayoría de las ocasiones adversarios suyos; pero aunque aún

siga siendo alguien poco conocido comencemos por recordar que en las Vidas de Diógenes Laercio se le incluye en el libro IX junto a Heráclito o Parménides, lo que le sitúa entre uno de los calificados como filósofos ilustres. Aun hallamos otra referencia que abunda en la misma dirección, la encontramos en el Egipto de los Ptolomeos, cuando Alejandría era considerada el centro cultural más importante del mundo, pues bien, en el grupo de estatuas de filósofos y poetas aparecidas en el Serapeion de Menfis vuelve a aparecer Protágoras junto a Platón, Heráclito y Tales.

Ya sabemos que el personaje que nos ocupa fue considerado como un filósofo importante, cuanto menos antes de nuestra era, cuestión más difícil es fijar su cronología, existen al respecto dos fuentes que a su vez son contradictorias, las encontramos en Hesiquio y Apolodoro, también Diógenes Laercio y Filostrato nos hacen alguna aportación; sin entrar en ningún tipo de análisis sobre las distintas informaciones, algo que supondría una divagación en nuestra línea argumental, nos limitaremos a informar sobre lo que generalmente está aceptado, nació en Abdera, situada en la Tracia, en la costa norte del mar Egeo, y lo hizo alrededor del año 480 antes de Cristo, respecto a su muerte se abre una horquilla que abarca desde el 415 al 410, y algunos llegan a estimar el 400. Diógenes Laercio y Ateneo afirman que fue discípulo de Demócrito, sin ninguna duda se conocieron pero

es imposible precisar qué relación llegó a entablarse entre ellos, sabemos que residió en Atenas cuando tenía alrededor de cuarenta años de edad, y también que su reputación de sabio le permitió llegar a ser considerado amigo personal de Pericles, Plutarco nos refiere como ambos personajes mantuvieron una discusión que duró un día entero sobre las responsabilidades que podían derivarse de la muerte de Epitimo de Farsalia en una competición atlética, la confianza del gobernante en su buen juicio hizo que le encargara la constitución de Turios, una colonia panhelénica, al margen de esta tarea como legislador su ocupación era dar clases de gramática excluyendo otras disciplinas, entendía que no hay vida social sin cultura y que el soporte de la cultura son las letras, Platón afirmó de él que rehuía la enseñanza de materias como el cálculo, la geometría, la astronomía o la física, sus honorarios eran de cien minas, lo que le permitía vivir con comodidad, nada que ver con el ascetismo y la penuria de Sócrates que practicaba una actividad semejante pero sin que mediara retribución alguna por lo que sus necesidades vitales las atendía gracias a la protección y el mecenazgo de alguno de sus amigos y discípulos.

Hacia el final de su vida fue sometido a un proceso de impiedad en Atenas, la causa de ello fue un escrito titulado “Sobre los dioses”, aunque hay especialistas que dudan sobre la veracidad de esta noticia hay testimonios suficientes para

aceptarla como histórica, así nos lo dice Timón de Fliunte, que vivió entre los siglos IV y III a. d. C. y también Sexto, Cicerón, Filostrato, Eusebio y Hesiquio; dudaba sobre la capacidad de los humanos para llegar a conocer o no la existencia de los dioses, según Diógenes Laercio éstas fueron sus palabras “Sobre los dioses no puedo saber si existen o no existen. Tampoco la forma que tienen. Muchas son las cosas que me impiden saberlo: la oscuridad del asunto y la brevedad de la vida humana” y esta afirmación fue, sin duda, el detonante del proceso, del que desconocemos la fecha en que se produjo, se indica como más aproximada el 415, quienes así lo consideran creen que la mutilación de los Hermes y la profanación de los misterios que se produjo en ese año fue el detonante que excitó el fervor religioso de los griegos lo que les haría sensibles al agnosticismo del tracio, pero sin desdeñar esa posible relación parece que deberíamos profundizar más en las causas que provocaron el proceso de impiedad contra Protágoras; ya hemos visto cómo desde las colonias jónicas se inició la filosofía moviéndose en todo momento alrededor del escepticismo, como ya hemos dicho los sofistas tomaron el relevo en esa línea de pensamiento y en Atenas no se limitaron a su labor docente, también extendieron su pensamiento, pero cuestionar a los dioses en Grecia era algo que no podía hacerse impunemente porque la divinidad estaba en la esencia misma de las polis, todas ellas envolvían

su fundación en el mito vinculando su propia existencia como colectivo a la voluntad y al patrocinio de los dioses, en ningún momento iban a ser proclives en aceptar asertos cuyo sentido profundo no entendían demasiado bien pero que, desde luego, ponían en peligro su profundo sentido social, “inventando” un individualismo que amenazaba la integridad de los principios que les habían llevado a ser un pueblo poderoso y envidiado; el testimonio de Plutarco es esclarecedor “Pues no se toleraba a los físicos y a los llamados meteorólogos, porque reducían lo divino a causas privadas de razón, a potencias carentes de inteligencia y a fuerzas necesarias; así es que Protágoras fue desterrado, Anaxágoras encarcelado apenas pudo salvarlo Pericles, y Sócrates, no relacionado con tales investigaciones, sin embargo pereció por la filosofía”

Protágoras fue otra víctima más de la intolerancia religiosa, como consecuencia del proceso se le condenó al destierro muriendo al naufragar el barco en el que se dirigía camino de Sicilia, la severidad de sus jueces se ensañó con su obra, todos sus escritos fueron confiscados y llevados al ágora donde se les prendió fuego, ninguno de sus trabajos nos ha llegado a las generaciones posteriores y como no podía ser de otra forma tampoco hay acuerdo sobre su obra literaria, seguramente los títulos generalmente aceptados son Sobre el estado, Sobre la ambición, Sobre las virtudes, Arte erística,

Sobre los dioses, Sobre la verdad, Discursos demoledores, Del ser y Gran discurso.

Veamos cual fue el mensaje filosófico de Protágoras, quizá deberíamos partir del principio antilógico, según el cual para una misma cosa siempre hay dos enunciados contrapuestos, lo que está expresado en términos universales y por ello debe considerarse como fundamento de un sistema filosófico; es importante recordar que el principio antilógico solo establece la diferencia de los enunciados de ninguna manera implica la identificación de los contrarios como algunos idealistas han pretendido, no se dice que “justicia e injusticia se identifican” sino que “una misma cosa puede ser justa e injusta”, ante un razonamiento tan peligroso no debe extrañar que Aristóteles en su Metafísica dijera de Protágoras y sus partidarios que eran los que “destruyen la sustancia de la esencia”, la lógica de relaciones, la necesidad de acompañar al sustantivo con el predicado, el relativismo en fin, era algo que tenía que hacer chirriar los dientes a Platón, Aristóteles y los idealistas.

Otro principio que nos legó el de Abdera fue el de establecer que el hombre es la medida de todas las cosas, algo que es deducción y complemento del principio antilógico, Platón quiso ver en esta afirmación una consecuencia inmediata del enunciado de Heráclito según el cual todo está en movimiento continuo, y seguramente ésa fue su fuente de

inspiración, pero el alcance del mensaje resultó muy superior ya que plantea un cuerpo a cuerpo de dos definiciones fundamentales en el mundo del pensamiento, considerar la verdad como una relación (relativismo) o como una esencia (idealismo). Seguramente fue Aristóteles quien, a pesar de rebatir abiertamente los argumentos de Protágoras, termina en una posición ecléctica, no podía ser de otra manera, adoptando una actitud indefinida, el estagirita llega a afirmar que “lo que todo el mundo cree, y el que intente destruir esta seguridad no encontrará en modo alguno otra más digna de crédito”, lo que puede considerarse una contradicción por su parte intenta recomponerlo en otro momento al decir “Habrá que admitir que los unos son medida, pero no que lo sea otros”, es una clara discriminación que termina aclarando “Entonces, con toda razón, podemos decirle a tu maestro que debe admitir que un hombre sea más sabio que otro y que el más sabio sea la medida”; interesante conclusión, en primer lugar queda bastante claro que en ella está implícitamente aceptado el principio de relativismo, porque pueden haber varios hombres sabios y aunque sus opiniones sean parecidas seguramente no serán idénticas por lo que en su conclusión Aristóteles parece aconsejar que sigamos en nuestra conducta el ejemplo de los más sabios, lo que solo significa apuntar un comportamiento conveniente en un cuerpo social; pero además esta sugerencia, parecida a la que nos apunta

Platón en su República plantea otra cuestión insoluble filosóficamente aunque en la práctica siempre se ha resuelto por la violencia ¿Quién decide o establece cual es el modelo a seguir?, según Platón y Aristóteles los filósofos o los sabios, pero la Iglesia cristiana se apropió inmediatamente de ese protagonismo, también lo hizo Hitler, y muchísimos más.

El último principio protagórico nos dice que hay que “hacer fuerte el argumento débil”, es casi seguro que la aplicación práctica de esta sentencia por parte de los sofistas les llevaría a desarrollar entre sus discípulos la habilidad retórica de argumentar ante los problemas a favor de cualquiera de las opciones que pudieran presentarse, de hecho esa es la concepción que ha trascendido del término sofista, y si no conociéramos los otros principios que ya hemos enunciado tal vez podría realizarse una interpretación tan limitada, pero no es así, esta sentencia complementa las anteriores y merece ser contemplada con la misma consideración. Lo primero que se observa es la coherencia del aserto, si Protágoras dudaba de la existencia de verdades absolutas era lógico que prestara atención a cualquier argumento razonado con independencia de que estuviera avalado o no por la opinión general, lo que quiere decir que deberemos valorar lo probable como fuente de conocimiento, lo que debería desagradar profundamente a Platón y a Aristóteles, fue este último quien quiso demostrar



razonablemente la falacia de la afirmación del maestro de Abdera recurriendo a los conceptos de probabilidad absoluta y probabilidad relativa, algo poco digerible porque la apreciación de absoluto supone certeza y definición, excluye por tanto la consideración de probable, aunque es cierto que en todo caso se puede diferenciar lo más probable de lo menos probable, pero en ambos casos nos movemos en el terreno de lo relativo, así que cuando Aristóteles identificaba lo que era probable relativamente con lo aparente era tan erróneo como cuando afirmaba que los sofistas pretendían equiparar la probabilidad relativa con lo absoluto, porque lo aparente es aquello que parece y no es, mientras que lo probable es aquello que puede suceder o puede ser; los estudios estadísticos determinan que todos los fines de semana se producen víctimas mortales por accidentes de tráfico y sabemos que fatalmente eso sucede porque es probable relativamente ya que la cantidad de fallecidos se deberá a diversas circunstancias, que el fin de semana sea más largo de lo habitual, al estado de las carreteras, a la lluvia o a la nieve, habrán víctimas que serán más o menos en función de determinadas circunstancias, o lo que es lo mismo, la realidad se producirá en relación a alguna causa, eso es el relativismo.

Los sofistas con su representante más cualificado a la cabeza tomaron el relevo de los jónicos en la defensa del

pensamiento racional, pero la reacción del mito fue inmediata, en este caso el protagonismo lo asumieron Sócrates y Platón; es difícil establecer una clara diferenciación entre ambos pensadores, ya sabemos que no existe constancia de que Sócrates dejara algo escrito aunque haya quien crea que compuso un poema a Apolo y una fábula, y solo unos pocos contemporáneos nos dan noticia de él, Jenofonte y Aristófanes de una parte y, sobre todo, Platón; este último es quien nos da, con sus diálogos, una extensísima información sobre la persona del maestro, pero nunca llegaremos a saber donde termina el pensamiento de uno y empieza el del otro, hay quien opina que Sócrates se limitó perfeccionar el método inductivo y a establecer la necesidad de definir los enunciados sobre lo que se estaba hablando, entonces sería su discípulo Platón quien partiendo de esos conceptos llegaría hasta las ideas permanentes (las verdades absolutas) de ser así, y así lo cree el mismo Aristóteles, suyo sería el mérito de haber construido un sistema filosófico que se enfrentara al relativismo de Protágoras, pero debemos insistir que no parece posible llegar a conclusiones que no sean otra cosa que simples especulaciones.

Sócrates afirmaba que no se podían discutir cuestiones morales tales como de qué manera actuar justamente, o cuestiones estéticas tales como si una cosa es hermosa, a menos que se haya decidido qué significan los conceptos de

justicia y belleza, a lo que Platón apuntillaba “si esto es así debemos creer que cosas tales como justicia o belleza existen realmente, porque de otro modo ¿de qué serviría intentar definir las?”, es fácil comprender que ésta es una deducción viciada, la necesidad de definir cualquier concepto permite que quienes traten un asunto sepan que están hablando de lo mismo, ésa es su utilidad, recurriremos de nuevo a un ejemplo, la propiedad es un concepto institucionalizado en nuestra existencia, solo tenemos que girar la vista a nuestro alrededor y darnos cuenta de que todo cuanto nos rodea es de alguien, y no solo eso, aunque probablemente debido a esta causa, la propiedad es algo que en cualquier país está definida y regulada minuciosamente, pero el hombre ha vivido muchísimo más tiempo desconociendo lo que es la propiedad que recurriendo a ella, es simplemente un invento social, algo que ayuda a estructurar esta vida artificial que hemos ido generando, lo mismo se podría decir del dinero, o de la virginidad de María, solo tendrá existencia mientras haya gente que crea en ello; el hombre evolucionó naturalmente para sobrevivir en pequeños colectivos, eran los grupos de caza y recolección formados por veinticinco o treinta individuos, ya hemos explicado anteriormente qué circunstancias le llevaron a la formación de pueblos sedentarios y ciudades donde la convivencia es distinta a la que había venido practicando durante decenas de miles de

años (millones de años si nos referimos a los homínidos), surgieron los excedentes y como consecuencia de ellos llegaron la propiedad, la riqueza, el poder, la religión, etc., pero todo era, todo es, un artificio que ha ido construyéndose para adaptar nuestra especie a una forma de vida socializada, misión que parece encomendada a los conceptos abstractos, gracias a que creemos en la propiedad, en los nacionalismos, en la justicia, etc. podemos convivir adaptados a unas normas de conducta, por lo que podemos concluir que el sentido de la realidad de un concepto lo adquiere de su grado de conveniencia, de ahí que lo tópico y lo convencional estén tan arraigados entre los humanos. Pero el legado de Platón era incontrastable, pensaba en la existencia real de formas o ideas más allá de la casuística que podemos hallar a nuestro alrededor y, desde luego, con una existencia inmutable y separada de nuestros pensamientos, es lo que se conoce como la teoría platónica de las ideas. Este mensaje es similar al de la ley mosaica, porque ¿qué diferencia puede haber entre oír a Moisés hablar de unos mandamientos que ha recibido directamente de Dios o que Platón nos remita a unos principios absolutos que solo pueden llegar a conocer los sabios (filósofos), esa similitud no quiso aprovecharla el judaísmo, lo que sí supo hacer en provecho propio la facción helenística del cristianismo.

En el Universo de ideas platónico es necesario buscar la verdad, y como ya hemos visto o alguien nos la inspira o nos la explica, en el relativismo de Protágoras queda claro que no hay ninguna verdad que descubrir, las cosas son según nos parecen; aunque encontremos antecedentes en el pensamiento de ambos, son sin ninguna duda quienes representan de forma más clara las líneas de pensamiento que, desde entonces, han vivido en constante contraposición, el mito y la razón, entre los viajeros que acompañan la primera de las banderas están los intolerantes, los acosadores, los exterminadores, son los que defienden la colectividad sacrificando las libertades individuales, queman a los herejes, lapidan a las adúlteras o repudian a los homosexuales, son, en fin, los que temen y persiguen cualquier forma de diferencia; entre los que siguen la bandera de la razón vemos a resentidos y gentes que llevadas de su radicalidad terminan actuando de la misma forma que los anteriores, pero aun así, ellos fueron quienes devolvieron al hombre su sentido del individualismo, y cada vez que a lo largo de la historia los humanos han sido conscientes de su capacidad para decidir por sí mismos y buscar sus propias respuestas las sociedades han progresado, mientras que el mito solo nos llevó al oscurantismo.

En la actividad política pudieron manifestarse tanto Platón como Protágoras, será útil que analicemos cuales fueron sus propuestas en ese campo.

En la República, Platón divide a los ciudadanos en tres clases, la gente normal, el ejército y los guardianes, estos últimos son una casta especial, ellos son los dirigentes, los que ocupan los cargos públicos, dentro de esa elite los hijos heredarán a los padres y solo excepcionalmente algún individuo de los otros dos grupos podrá incorporarse a éste. Platón se ocupa minuciosamente de tratar todo lo referente a los guardianes, parece evidente que para él la gente normal o el ejército no merecen mucha consideración.

Los guardianes reciben una educación específica orientada en dos grandes grupos, uno cultural, le llamó música aunque abarca todo tipo de conocimiento, y la gimnasia que atiende al culto del cuerpo. Se intenta transmitir a los educandos valores como el decoro y el valor, para evitar cualquier desviación se debía aplicar una censura rígida, sobre todo en la literatura, Homero estaba prohibido, cualquier situación en la que los hombres manifiesten debilidad, o simplemente lloren, o se rían a carcajadas, o en la que un hombre malvado se sienta feliz, o un hombre íntegro se sienta desgraciado, o si un hombre llegaba a imitar el comportamiento de alguien inferior socialmente, era razón

suficiente de repudio, así que los poetas y los autores teatrales tenían que ser sometidos a una dura censura.

Tampoco la dieta alimenticia se escapa al intervencionismo de Platón, tanto el pescado como la carne se comerán asados, nada de salsas, tampoco dulces.

En cuanto a la propiedad, por lo que afecta a los guardianes, será compartida, no existirá la propiedad privada, el oro y la plata serán desterrados, carecerán de valor; como se desprecia la riqueza se arguye que ha de ser fácil conseguir aliados ya que en cualquier campaña de antemano se renuncia al botín. Los hombres y las mujeres de la casta superior llevarán una vida en común, tanto en lo que se refiere a sus casas como a las comidas e incluso se practicará la promiscuidad “estas mujeres sin excepción, serán comunes a estos hombres, nadie poseerá mujer propia”, no obstante las parejas se establecen nominalmente, aunque en principio se hace por sorteo los gobernantes propiciarán las mejores parejas para poder obtener los mejores hijos, los niños al nacer son separados de su padres de tal forma que se rompa todo vínculo, nadie sabrá quienes son sus hijos y estos desconocerán quienes son sus padres, los deformes desaparecen y las edades para procrear se establecen entre veinte y cuarenta años para las mujeres y entre veinticinco y cincuenta y cinco para los hombres, fuera de esas edades las

relaciones sexuales no está prohibidas pero en caso de concepción el aborto es obligatorio.

Hay un principio curioso del que aun en la actualidad podemos encontrar reminiscencias, según Platón la mentira es prerrogativa de los políticos. Sin ninguna duda el filósofo ateniense perseguía a través de su utopía un ideal ético, consecuentemente el concepto de justicia estaba condicionado a la aplicación de los principios establecidos, en los que como se ve la subordinación del individuo al colectivo era total.

Platón admiraba la sociedad espartana de su época y queda claro que en su República toma algunas de sus normas de convivencia; no podemos extrañarnos que en el programa oficial del partido nazi alemán se defendiese la promoción de “guardianes en el más alto sentido platónico”

También Protágoras tuvo oportunidad de exponer públicamente sus ideas sobre la organización política, ello fue posible porque, como ya hemos apuntado Pericles le encargo que redactara las leyes de Turios, era ésta una colonia panhelénica situada en el golfo de Tarento que se fundó entre los años 444 y 443 a. de C., cuya población estaba compuesta por inmigrantes griegos y por supervivientes de Síbaris, parece ser que este proyecto constitucional respondía a una estrategia de Pericles, por la que pretendía crear un modelo de convivencia y de esa manera aumentar la influencia



ateniense en Occidente, de esto tenemos conocimiento por Diógenes que, a su vez, cita a Heráclides del Ponto; el aserto de Arquelaos en el que dice que “lo justo y lo injusto no es por naturaleza sino por convención”, parece estar presente en todo momento en la obra de Protágoras, tenía la convicción de que no existe un fundamento natural (ni divino) inmutable del que deban deducirse los principios morales o de comportamiento en general, entendía que el hombre solo debe someterse al sistema establecido en el propio colectivo, conjunto de normas al que se debía llegar mediante el pacto, como se ve trata de oponer el relativismo a cualquier forma de idealismo, darle a la moral un sentido absoluto es escoger una e ignorar el resto, y eso si consideramos exclusivamente el lugar porque el momento también influye, por ejemplo la valoración de las conductas no es la misma en tiempos de guerra o de paz, y tampoco se ven igual por los distintos contendientes de un enfrentamiento, Protágoras tiene la convicción de que el bien no es una cualidad sino una relación.

La grandeza de la aplicación en la práctica política de las tesis del maestro de Abdera es evidente, si el hombre es la medida, si no existen valores absolutos que nos condicionen, es necesaria la participación de todos los individuos en la gestión política, esa afirmación, que a los países occidentales del siglo XXI nos parece ociosa, fue, en el siglo V a. de C. una

verdadera revolución, se habían descubierto los principios democráticos.

Seguramente Protágoras no pretendió crear un cuerpo legislativo original en Turios, es muy probable que se inspirara, e incluso copiara parcialmente, otras leyes ya existentes, Aristóteles afirma que se inspiró en las leyes de Carondas de Catania, de ser así no hubo fraude ya que él mismo Protágoras consideraba que las leyes son “inventos de buenos y antiguos legisladores”, pero sería injusto reconocer las aportaciones personales que realizó, valorándolas en el contexto geopolítico de la época.

El filósofo relativista dejó establecido que “A los que habían sido cogidos en falsa acusación se les pasearan coronados de tamarisco”, escarmiento vergonzante que parece que tuvo buenos resultados; fue consecuente con su convicción de que “Si hay que suponer que la naturaleza es causa de la vida, de la vida recta lo es la educación fundada en las letras”, y por ello estableció “que todos los hijos sin excepción aprendieran las letras, siendo la ciudad la que pagase los salarios de los maestros”, hace veinticinco siglos Protágoras creía en la enseñanza obligatoria y gratuita, apreciaremos mejor esa innovación si recordamos que durante varios siglos en el medioevo la iglesia prohibió la enseñanza a los plebeyos porque la consideraba un elemento perturbador. Era enemigo de la pena de muerte, tampoco la aplicó a los desertores, para aquellos que abandonaran el combate o se negaran a tomar las armas en defensa de su patria les condenaba a que permanecieran durante tres días en el ágora vestidos de mujer.

Protágoras fue un legislador coherente con su pensamiento filosófico, respetó los hábitos individuales

aplicando correctivos a las conductas perniciosas, no pretendió en ningún momento imponer pautas de comportamiento como se desprende de la República de Platón, contrastar ambos planteamientos es, una vez más, enfrentar la razón al mito.

## Sobre el conocimiento

Para llegar a adoptar alguna actitud o decisión, o para definir nuestro comportamiento, los humanos necesitamos tener alguna forma de conocimiento, pero ésta, que es una cuestión que ha preocupado desde miles de años atrás a muchos filósofos, Platón y Aristóteles afirmaron que el deseo de conocimiento es el padre de la filosofía, es una materia en la que se debe avanzar con cuidado, en primer lugar es conveniente que definamos lo que entendemos por conocimiento, la acepción común del término establece que es la acción o el efecto de captar por medio de nuestras facultades intelectuales aspectos de nuestro entorno. Esta explicación es insuficiente ya que deja fuera del concepto la información genética así como aquellas reminiscencias de las que nos habló Sócrates, según las cuales llegábamos a conocer los conceptos (o ideas) permanentes.

Si aceptamos la insuficiencia de la definición, al menos para manejarnos cómodamente por el mundo del pensamiento abstracto, deberemos recomponerlo, cuanto menos para saber qué alcance queremos darle. Así diremos que conocimiento es la acción o efecto de captar por medio de nuestras facultades cuestiones, concretas o abstractas, que puedan afectar a nuestro comportamiento.

De inmediato, la misma descripción lo sugiere, debemos establecer dos aspectos distintos, el conocimiento consciente

y el inconsciente, sobre este último recordaremos que todos los seres vivos, también los humanos, somos capaces de realizar determinadas actuaciones sin que intervenga un conocimiento consciente previo ni una decisión voluntariosa, así es como nuestro cuerpo es capaz de cicatrizar una herida, nuestra sangre se defiende ante una infección o nuestra cabellera crece, todo ello sucede sin nuestra intervención consciente, esta capacidad podemos considerarla como una forma de conocimiento objetivo.

Hay otras actuaciones que vienen condicionadas por dos influjos, uno interior que nos impulsa con fuerza a actuar de una manera determinada y otro racional, consecuente de haber percibido ese impulso, es cuando determinadas necesidades de nuestro cuerpo deben satisfacerse utilizando recursos ajenos a nosotros, lo que no sucedía en el supuesto anterior aunque la medicina pueda ayudar a mejorar sustancialmente los resultados. Somos conscientes de que sentimos hambre o deseo sexual, percibimos esas necesidades y decidimos actuar para satisfacerlas, se trata también, igual que el anterior, de un conocimiento objetivo, aunque en este caso consciente, también debemos considerarlo esencialmente individual o personal y natural.

Al margen de los dos supuestos anteriores los humanos recibimos a diario multitud de percepciones que nos permiten un conocimiento suficiente de nuestro entorno para actuar

sobre todo, y así fue durante miles de años, atendiendo las necesidades naturales de supervivencia, libertad, sexo y solidaridad; con la llegada de la vida sedentaria y el crecimiento demográfico que conllevó, ese abanico de actuaciones habituales se complicó de forma extraordinaria, aspectos económicos, sociales, religiosos y políticos debían ser considerados para determinar los comportamientos individuales, o sea que una colectivización ajena a las necesidades naturales, y por ello artificiosa, comenzó a condicionar la conducta humana.

Según nuestra exposición parece evidente que la fuente de información que percibe el individuo para desenvolverse en su entorno está configurada por el conjunto de nuestros sentidos, son un elemento necesario aunque no suficiente, ya hemos dicho anteriormente que no es posible creer que un humano sea capaz de generar un solo pensamiento si durante toda su vida se ha visto privado de sus sentidos, sin embargo es en esta cuestión donde se sustenta la piedra angular de todo cuanto se ha dicho en relación con el conocimiento.

Heráclito de Éfeso ya apuntaba el riesgo de confiar exclusivamente en los sentidos, a su juicio era necesaria la interpretación racional de las percepciones, este aserto apoya nuestra afirmación anterior sobre la insuficiencia de los sentidos para que el individuo se desenvuelva adecuadamente. Sin embargo un contemporáneo del anterior,

Parménides, consideraba que los sentidos son engañadores, lo que llegó a saber el filósofo de Elea (Italia) gracias a habérselo revelado una diosa y nos lo dio a conocer a través de su poema, escrito en versos hexámetros, la “Vía de la Verdad”

Esto sucedía hace dos mil quinientos años aproximadamente y ambos pensadores definieron dos corrientes de pensamiento que no han dejado de enfrentar sus argumentos desde entonces. De un lado la percepción y el pensamiento racional consciente, del otro el presupuesto inconsciente que forma parte del espíritu humano.

Antes de continuar adentrándonos por esa vereda que parece anunciarnos unas expectativas, complejas unas veces, confusas otras, pero en todo caso, interesantes, reflexionaremos sobre el vehículo de la información, que es, sin ninguna duda, el lenguaje, la mayor fuente de conocimiento, cuanto menos en un mundo culturalmente avanzado.

Las mutaciones genéticas favorecieron a nuestra especie con la posibilidad de articular voces muy variadas, esta facultad enriqueció su capacidad de comunicación, sin ninguna duda comenzaría aplicándola a su actividad social y a la cinegética, y nadie dudará, aunque no se tenga información directa sobre ello, que se iniciaría con una escasa variedad de voces, de la misma forma que actúan los chimpancés, que distinguirían con claridad situaciones de peligro, proximidad



de un presa, amenaza, agrado, hambre, etc. La modulación de la voz permitiría iniciar un vocabulario que estaría compuesto exclusivamente por nombres y algún tiempo más tarde se incorporarían otros vocablos que, con el tiempo, llegaríamos a conocer como verbos, de esa forma se identificarían los objetos del entorno, los elementos de paisaje, los mismos individuos y la intencionalidad de éstos en relación con el resto del decorado; la vida sedentaria aportaría un fuerte impulso al léxico de los pueblos, las relaciones sociales comenzarían a ser más complejas y el necesario entendimiento exigiría una mayor cantidad de vocablos.

Así se fueron construyendo las lenguas, fueron un vehículo precioso y necesario para permitir la comunicación más perfecta. Pero su utilidad es mucho mayor, también utilizamos el lenguaje en nuestros pensamientos, es imposible sumirnos en ninguna reflexión sin utilizar los vocablos que componen lo que llamamos nuestra lengua materna, aquella con la que aprendimos a comunicarnos, tanto es así que siempre ha habido una relación de causa a efecto entre el lenguaje y el proceso cultural de los pueblos, si avanza uno permite que lo haga el otro y si es muy cierto que los avances técnicos aportan habitualmente nuevos términos que incorporar al vocabulario, con lo que queda definido donde situar la causa y donde el efecto, es cierto que en el pensamiento abstracto ambos elementos pueden llegar a

intercambiar los papeles, los filólogos afirman que el nivel alcanzado por los grandes pensadores de la Grecia clásica no hubiera sido posible si su lengua habitual hubiera sido el hebreo antiguo.

Es mucho lo que debemos al lenguaje, pero es necesario, también ahora, realizar un análisis crítico sobre su funcionalidad, sobre todo en relación con el mundo abstracto.

Los nombres comunes, los sustantivos, son seguramente, ya lo hemos dicho, la base de cualquier vocabulario, así cuando decimos mesa todos sabemos a qué nos estamos refiriendo, cierto, sabemos de qué estamos hablando, pero no estamos identificando nada; porque mi mesa no es la de Pedro, cada una de ellas tendrá sus propias características de forma, color y tamaño, y aunque nos es muy útil emplear un nombre genérico para identificar todos los objetos que tengan unas características comunes lo cierto es que cuando necesitemos ser más precisos deberemos decir la mesa de Pedro para distinguirla de la mía o ser muy minucioso en la descripción de su mesa y de la mía. Esa denominación genérica es lo que gramaticalmente conocemos como nombres comunes y en filosofía son los universales.

Pero sería injusta esta referencia sin dejar que Platón nos exponga su tesis, según el filósofo ateniense afirmaba que hay animales de los que podemos afirmar que son un gato, y que al hacerlo estamos definiendo algo distinto a lo que cada

gato es individualmente, él consideraba que si un animal determinado es un gato lo es porque participa de una naturaleza general que afecta a todos los gatos, así podemos hablar de un “gato universal” que es ajeno a la existencia de cualquier gato determinado, por lo que es intemporal o sea, eterno, consecuentemente existe un gato ideal, único, verdadero y creado por Dios. Este razonamiento llevado a los conceptos abstractos es la base del idealismo platónico.

La exposición de Platón se completa cuando al determinar que el gato universal fue creado por Dios, establece que cada uno de los gatos que llegamos a conocer no son más que representaciones imperfectas, por lo que concluye que “el gato universal” es real y todos los que nos cruzamos cada día son aparentes; se trata de una argumentación viciada, cuando el hombre apareció en nuestro planeta no existían los gallegos, ¿podemos considerar que en aquellos momentos el genérico “gallego” era una idea real y absoluta?, o el genérico romanticismo, o libertad, o democracia, o justicia, o propiedad; todos estos conceptos y muchos más se han ido generando para regular las relaciones sociales, políticas, económicas y religiosas dentro de los colectivos, Hobbes afirmó que “no hay nada universal, excepto los nombres, y sin palabras no podríamos concebir las ideas generales”

Ningún lenguaje puede funcionar sin nombres genéricos, querer identificar individualmente cada objeto y cada persona sería imposible, pero imaginémonos la vida de los grupos de caza y recolección del paleolítico, pequeños colectivos formados por veinte o treinta individuos, gente que poseía un ajuar muy escaso para facilitar su movilidad, no es difícil deducir que se identificarían todos ellos y casi todos los objetos individualmente, precisamente lo limitado de su gramática y las escasas necesidades de lenguaje les permitiría poder hacerlo, pero eso sería imposible cuando se refirieran a los árboles del bosque o a los renos que intentaban cazar, en algún momento nuestros abuelos “inventaron” los genéricos, pero aquello fue un recurso del lenguaje, de hecho los humanos siempre que podemos recurrimos a la sustantivación individual, todos conocemos caballos y tizonas con identidad propia, igual sucede con nuestras mascotas o con cada uno de nosotros.

Entonces con las palabras mesa o gato ¿qué pretendemos decir? Estamos utilizando un concepto cuyo enunciado conocemos todos con mayor o menor aproximación y eso facilita la comunicación. Si cada mesa de este mundo tuviera su propio nombre para identificarla la comunicación sería imposible, para evitar esa confusión la evolución de las lenguas trajo detrás de los nombre y de los verbos a los predicados, es así como logramos la identificación

necesaria, ésta es la mesa de Pedro y aquél el gato de mi vecino, ahora sí, estamos identificando los sujetos, pero no antes. Así que los nombres comunes, los universales, no son sino herramientas del lenguaje que necesitamos para conseguir una comunicación fluida pero que nos harían retroceder decenas de miles de años atrás si no tuviéramos el soporte de los predicados, sobre esta cuestión John Locke (al que nos referiremos con mayor amplitud más adelante) afirmó que todas las cosas que existen son particulares, pero nosotros podemos formar ideas generales, tales como “hombre”, que son aplicables a muchos particulares, y a estas ideas generales les podemos dar nombres.

Así es en el mundo de lo concreto, cuando sabemos perfectamente de lo que estamos hablando ya que el objeto está al alcance de nuestros sentidos pero ¿Qué sucede en el mundo de lo abstracto?

Cuando nos referimos a algo inconcreto, cuestiones que escapan a la percepción de nuestros sentidos, la única forma que tenemos de darlas a conocer es la descripción o el enunciado que hagamos de ellas, es lo que conocemos como la definición del concepto, fue en su momento una de las grandes aportaciones que hizo Sócrates a la filosofía, ya volveremos sobre ello, lo que ahora nos interesa es que, al igual que con los objetos físicos, cuando nos referimos a alguna abstracción es necesario recurrir a un nombre común

o a un genérico, así es que cuando decimos belleza nos referimos a la armonía y perfección que inspira admiración y deleite, y si tratamos de armonía pensamos en la adecuación y proporción de unas cosas con otras; en nuestra vida cotidiana utilizamos continuamente los conceptos abstractos y su utilidad es la misma que la que ya hemos indicado en el caso de los concretos, son una simple herramienta que enriquece las posibilidades de comunicarnos y su significado también es semejante, al hablar de belleza o de mesa solo pretendemos resumir en un vocablo unas características determinadas, pero no hablamos de nada ni de nadie en sí mismo.

El profesor Guthrie afirmaba que en el desarrollo de la filosofía intervienen dos elementos diferentes, uno de ellos es la combinación de observación y de pensamiento racional, en este punto añadía que éste debiera ser el único factor a considerar aunque de hecho ello era imposible, precisamente por la existencia del segundo elemento, al que denomina el presupuesto inconsciente, su significado se recoge en la siguiente frase “Aparte de las veleidades... del temperamento individual, existe otro tipo de presupuesto con el que los hombres nacen y que encuentra expresión en el lenguaje mismo que se ven obligados a usar”, la definición es feliz salvo por la confusión que puede provocar la expresión “otro tipo de presupuesto con el que los hombres nacen”, porque es

evidente que el temperamento individual es básicamente genético aunque después se moldee culturalmente, pero los otros presupuestos a los que se citan están prefigurados cuando nacemos, nos encontramos con ellos y los asumimos inconscientemente junto con el lenguaje, el mismo Guthrie lo aclara citando a Cornford “esa base de concepciones usuales compartidas por todos los hombres de una cultura dada y que nunca se cita porque se la considera obvia” y aun él mismo aclara su pensamiento al afirmar “las cadenas del lenguaje, en las que toda filosofía, en mayor o menor grado, se siente presa”

Coincidimos con Guthrie al considerar que aquellos soportes filosóficos establecidos por Heráclito y Parménides, el pensamiento racional frente al presupuesto inconsciente no representan posicionamientos puros donde se van situando los grandes pensadores con actitud militante, no es así, ningún humano puede evitar que su pensamiento racional se vea comprometido por presupuestos que tiene asumidos aunque no de una forma consciente, y solo cuando prevalece una de las dos influencias, sin que deje de estar presente la otra, podemos definir la línea de pensamiento que se nos propone.

La época de la Grecia clásica fue un tiempo glorioso para el desarrollo del pensamiento individual pero las dificultades a las que se enfrentaban eran de tal envergadura que las

cuestiones relacionadas con el conocimiento se solían resolver con tintes pesimistas, Parménides dijo que los mortales no sabían nada de ahí que su informante tuviera que ser una diosa, lo que dio fundamento a la creencia en las verdades absolutas o las ideas permanentes de Platón; Empédocles por su parte afirmó que “de este modo, estas cosas ni son vistas ni oídas por los hombres, ni captadas por la mente”. Y Demócrito concluye que no conocemos nada verdadero porque la verdad está en las profundidades, y hubo un pitagórico, Ecfanto, el que más tarde se incorporó a este debate diciendo que “no es posible obtener el conocimiento verdadero de las cosas existentes, sino solo definirlas como creemos que ellas son”

Pero seguramente fue Jenófanes, que nació en el año 570 antes de Cristo (aproximadamente), quien, en aquellos albores de la filosofía, terció con mayor acierto en lo que en todo momento iba a ser el mayor desafío de los pensadores, el conocimiento de la verdad, afirmó que “ningún hombre ha conocido ni conocerá la verdad evidente sobre los dioses y sobre todo aquello acerca de lo que yo hablo; porque aunque llegara a acertar plenamente al decir que es verdad, ni siquiera en este caso él mismo lo sabría, sobre todas las cosas no existe sino opinión”, magnífico ejemplo de tolerancia considerando que fue el primer filósofo que defendió el monoteísmo, de su escepticismo sobre la posibilidad de



conocer la verdad absoluta al relativismo había muy poca distancia que poco tiempo después fue superada en Atenas. Pero fueron los escépticos quienes dos siglos más tarde dedicaron mayor atención al pensamiento de Jenófanes, siendo Sexto quien dedujo un par de interpretaciones, la primera de ellas, casi literal respecto al texto original, indicaba que la verdad no es aprehensible por lo que aunque diéramos con ella no la reconoceríamos, la otra es, en mi opinión, mucho más interesante, si no estamos seguros de conocer la verdad debemos admitir lo que sea más probable, por lo que nunca llegaremos a conocer nada, y de todo, solo tendremos una opinión.

De esta inseguridad manifiesta ante la posibilidad de reconocer la verdad surgen dos conceptos separados, por una parte el conocimiento y por otra la opinión, dualismo que podría exponerse de forma más radical como verdad y apariencia; si lo que vemos no coincide con la realidad solo podremos llegar a conocerla de dos formas distintas, bien porque nuestra alma es capaz de acceder a ella, lo que es el principio de cualquier forma de idealismo, el gran valedor de esta corriente filosófica fue Platón que tenía la convicción de que existía una realidad permanente fuera del mundo físico; o porque alguien que la conoce, evidentemente un dios, nos facilita la información, es la verdad revelada, y también el fundamento de las religiones trascendentales, de estas

últimas debemos añadir que, como es evidente, los dioses no suelen materializarse con frecuencia es necesario recurrir a los profetas, y así es como surgen los grandes referentes de las religiones, lo fue aquel hebreo ( Freud dijo que era egipcio) que bajó de la montaña desde la que tronaba Dios portando su mensaje, o aquel galileo que junto a otras dos docenas de judíos llegó a creer que era el esperado Mesías, o el mequí conductor de caravanas que en su retiro en el desierto, ayunando y sujeto a temperaturas extremas se convenció de que había visto al ángel Gabriel y creyó que recibía un mensaje de Dios; sin cuestionar la autenticidad de los mensajeros conviene realizar una observación, los seguidores de sus doctrinas no creen tanto en dios como en sus profetas, realmente son sus referentes, suponen la posibilidad de encarnar en alguien concreto e idealizado sus inquietudes religiosas, así es como se configura cualquier secta, la imagen de Dios queda desdibujada por la personalidad del profeta y por su mensaje, en el que suelen darse a conocer unas normas de comportamiento que definen una moral determinada; en mi opinión querer vincular la figura de Dios a una moral que condicione nuestra conducta tiene más de voluntarismo que de racional, en este sentido me encuentro próximo a Epicuro que creía que nuestros problemas les eran indiferentes a los dioses, pensar de otra forma sería aceptar un juego cruel, si

llegamos a creer que la creación es la obra de una voluntad superior y consciente que, además, exige de los humanos un determinado comportamiento so pena de castigos eternos, si además consideramos que algunas de las reglas impuestas van en contra de instintos naturales a las que no podemos enfrentarnos sin sumergirnos en graves conflictos personales, y si, por añadidura, nos encontramos ante un cierto número de mensajeros de Dios que no coincidieron en su mensaje original pero, lo que aún es más desconcertante, las correspondientes instituciones religiosas se han encargado de alterarlo subordinándolo a los intereses de su colectivo; si creemos todo esto y en consecuencia tenemos la convicción de que poseemos las respuestas a los grandes interrogantes, es decir, que tenemos el conocimiento, alguien puede preguntarnos con cierta socarronería ¿qué conocimiento? Y si recurrimos a Pirro recordaríamos que “nunca tendríamos un fundamento racional para preferir un modo de obrar a otro” Las religiones trascendentales pueden aportar esperanza, también consuelo pero el peaje es muy duro, es la pérdida de la individualidad y además nos aproxima mucho más a la ignorancia que a la sabiduría. Respecto a las de carácter inmanente ya hemos indicado anteriormente que es imposible para los humanos llegar a componer ni el más sencillo de los pensamientos si no llega a percibir su entorno, mucho menos llegar a conocer las verdades permanentes.

Sócrates pensaba que el conocimiento nos hace virtuosos, en el Protágoras de Platón defendió que el experto entrenado en tareas peligrosas era más valeroso que otro que fuera ignorante de esas cuestiones, pero no es así, el ateniense se equivocaba, el valor depende mucho de las características propias del individuo y no tanto de su conocimiento, y un ignorante de las leyes puede tener un sentido de la justicia y de lo equitativo mucho mayor que el más erudito de los letrados, pero, sin duda, esas facultades personales se potencian en buena medida gracias al conocimiento.

Sin embargo los referentes que a lo largo de la historia se han mantenido en relación con el conocimiento no han sido Sócrates y tampoco los profetas, fueron los relativistas y los idealistas.

Los sofistas, con Protágoras a la cabeza, eran escépticos respecto al conocimiento, y llegaban a esa conclusión por dos razones distintas, la primera de ellas, compartida por otros como ya hemos visto, porque nuestros sentidos no son infalibles y por tanto pueden engañarnos, pero la otra razón, mucho más importante porque define un posicionamiento doctrinal, era que no existía ninguna realidad permanente o absoluta para ser conocida, aceptando esta última afirmación es evidente que el único camino que les quedaba era la experiencia, ésa era su fuente de conocimiento, si a eso añadimos su consideración de que el conocimiento es siempre

relativo al sujeto receptor, recordemos el aserto de Protágoras “el hombre es la medida de todas las cosas”, además de creer que la verdad es individual y transitoria y en ningún caso universal ni eterna, dejaremos establecido que aquellos sofistas tan odiados por los idealistas griegos y tan ignorados y despreciados por el cristianismo, fueron los padres del relativismo, del empirismo y del individualismo. Parece que la mejor aportación que podemos hacer en estas líneas de los sofistas la extraemos de sus propias enseñanzas, la verdad para cualquiera es aquello de lo que puede estar persuadido, por tanto pueden haber creencias pero no conocimiento.

Parménides y Platón negaron el valor cognoscitivo de la percepción, e hicieron de su negación una oportunidad para un dogmatismo intelectual (Bertrand Russell), el ateniense afirmaba que de los sentidos no puede derivarse ninguna forma de conocimiento porque el único verdadero es el que se relaciona con los conceptos, para defender su propuesta le era necesario rebatir la tesis contraria, precisamente la que desde algunos años antes había impulsado Protágoras afirmando que las cosas son según nos parecen subjetivamente, con lo que dejaba claro, a su juicio, que no existen realidades objetivas; el debate contra el relativismo lo centró en sus diálogos, concretamente en el Theeteto y en el Protágoras, donde trata de demostrar la inexactitud de

alguna de las grandes afirmaciones que le habían precedido en la entonces incipiente historia de la filosofía, la primera de ellas correspondía a los relativistas “el conocimiento es percepción”, argumentó que la percepción por sí misma es incapaz de realizar funciones de comparación, comprensión, evaluación, etc. porque nuestros sentidos se limitan a ponernos en contacto con nuestro entorno pero es nuestro espíritu quien posteriormente llega a realizar conclusiones, esto es indiscutible, es necesario diferenciar la percepción del juicio de percepción, recordemos la definición de Kant sobre la idea; sin embargo cuando pretende obviar la función mecánica de la percepción diciendo que la existencia está entre las cosas que la mente entiende sin más, añadiendo que sin alcanzar la existencia no se alcanza la verdad se sumerge en ese terreno tan resbaladizo de los conceptos, en primer lugar debe decirse que la comprensión es la consecuencia de un juicio personal, por lo que se trata de la conclusión de una acción subjetiva, un musulmán puede comprender la subordinación que la mujer debe mantener respecto al hombre y un liberal comprenderá la igualdad que debe prevalecer entre ambos sexos, ninguna de ambas posturas es una verdad en sí misma, son formas distintas de plantear la convivencia entre los humanos y cada cual deberá decidir cual de las dos opciones aporta mayores beneficios al colectivo y a los individuos que lo componen; pero la afirmación de Platón

tiene otro alcance, su pretensión era que si un concepto es comprendido ya tenía carta de ciudadanía, ya existía, si admitimos ese aserto supone que dejamos abierta una importante vía de conocimiento por donde se instalarán los valores absolutos; si decimos “el gato existe” parece que estamos realizando una afirmación obvia y, sin embargo, se trata de una expresión incorrecta, podemos afirmar que el gato de mi vecino existe o que el gato que veo encaramado en aquel árbol también existe, pero de ninguna manera deberemos decir “el gato existe” ya que “el gato” (esto ya se quedó claro con anterioridad) es un término recurrente para facilitar la comunicación hablada y no hay ninguna existencia concreta que corresponda a “el gato”, sería más propio decir “existe un concepto llamado gato con el que pretendemos englobar a los felinos de determinadas características”

“El hombre es la medida de todas las cosas” es otra de las afirmaciones que Platón pretende debatir y su línea argumental es semejante a la expuesta anteriormente, admitiendo que las percepciones sean subjetivas ¿lo son también los juicios de percepción?, de nuevo nos enfrentamos a una pregunta cuya respuesta nos va a sumergir en un mundo de relativismo o de idealismo, si contestamos que los juicios de percepción son subjetivos se nos puede echar en cara que eso hubiera conducido a la humanidad a una anarquía intelectual, lo que le habría impedido alcanzar las

cotas de progreso que ha conseguido, el argumento que tiene su inspiración platónico está viciado, lo primero que debemos hacer es negar la consideración de que ha de producirse una anarquía generalizada si admitimos que los juicios de percepción son subjetivos porque eso parece negar (aunque no lo diga expresamente) que no pueden darse coincidencias en los pensamientos humanos, cuando nos referimos a materias concretas nos es suficiente unir a la percepción el conocimiento de los conceptos para establecer una idea que será común sin perder su carácter subjetivo, así puedo decir “ese es el gato de mi vecino” y mi vecino dirá “ese es mi gato”, hay coincidencia aunque no hayamos expresado la misma idea. En cuestiones relacionadas con la ciencia la disparidad solo se produce durante los procesos de investigación, pero todo aquello que está comprobado y contrastado nos llevará a unos juicios de percepción similares, no parece posible que haya disparidad entre lo que yo entiendo por el teorema de Pitágoras y lo que entiende mi vecino, salvo que alguno de los dos lo desconozca, por lo que en el mundo de la ciencia las conclusiones solo pueden verse por la ignorancia, circunstancia que no afecta al juicio generalizado que prevalece. Pero si nos referimos a cuestiones abstractas las variedades de juicio son mayores, aunque no tanto como podría temerse, es cierto que en cuanto se relaciona con la moral o la estética mi vecino y yo podemos tener ideas



diferentes, pero si consultamos a un amplio colectivo en un lugar y época determinados observaremos que mayoritariamente las ideas son similares y los que discrepan sobre esa generalidad suelen ser excepción, si en nuestro país alguien dice que matar es malo es poco probable que se encuentre alguien que no comparta su afirmación, si dice que la familia es básica para la estabilidad social tampoco tendrá mucho detractores; si dirigimos nuestra atención a la política no son necesarios los ejemplos, las consultas electorales dejan claro que en todo momento existen opciones (y consecuentemente juicios de percepción) mayoritarios. Parece paradójico aceptar esa relativa uniformidad en el pensamiento humano y al mismo tiempo defender el individualismo de Protágoras, pero no existe contradicción, en primer lugar porque la mayoría de los humanos no utilizan la opción de su singularidad y aceptan de buen grado los juicios generales y las normas establecidas, pero además, quienes sí hacen valer su individualidad no se oponen sistemáticamente a los valores sociales, simplemente deciden sus opciones personales y hacen valer su libertad de pensamiento.

El racionalismo de Heráclito fue otro gran obstáculo que quitaba credibilidad al dogmatismo intelectual de Platón, por lo que era necesario desacreditarlo con el mismo empeño que dedicó a Protágoras, el de Éfeso había afirmado que todo fluye, que todo está en proceso de cambio y esa inestabilidad

era incompatible con los valores permanentes, por lo que Platón llegó a aceptar este principio para las cosas sensibles pero no para lo que afecta al verdadero conocimiento, aun así no pudo evitar poner un ejemplo claramente perceptible, Sócrates es más alto que Teeteto (a la sazón era un muchacho) pero en unos años será más bajo, por lo que Sócrates es alto y bajo a la vez, lo cual es una contradicción; este ejemplo sirve precisamente para demostrar el acierto del aserto de Heráclito, es evidente que en el momento de la cita Sócrates es más alto que Teeteto, pero sin necesidad de que transcurra el tiempo es posible que en aquel momento Sócrates fuera más bajo que Alcibíades, así que sin temor a equivocarnos el viejo maestro, o cualquiera de nosotros, era alto y bajo a la vez, y no existe contradicción salvo para la mente de Platón y quienes piensen como él porque necesitan la seguridad de los conceptos permanentes, no percibía y no perciben lo que se conoce como proposición relativa, lo que significa que las cosas son siempre lo que consideramos en función de algo, Sócrates no es alto sino más alto que Teeteto, por lo que tampoco es bajo, y es, como ya hemos dicho anteriormente porque los conceptos alto y bajo no determinan nada en sí mismos, son recurrentes para que podamos describir un hecho o una situación.

A lo largo de la historia de la filosofía las distintas escuelas que se han ido configurando, sin perjuicio de las

aportaciones que hayan podido realizar al mundo del pensamiento han tenido que situarse en uno de los campos descritos anteriormente, de los escépticos recordaremos a Clitómaco que dijo “La probabilidad debiera ser nuestro guía en la práctica, puesto que es razonable actuar conforme a la más probable de las hipótesis probables”; la doctrina de los estoicos se mantuvo durante varios siglos y ello produjo que llegaran a darse contradicciones, así fue en lo que respecta al conocimiento, llegaron a aceptar la percepción, y como eran conscientes de que los sentidos pueden engañarnos, aconsejaban poner atención para evitar el error, una recomendación similar a la que ya hemos comentado en relación con Heráclito, sin embargo la corriente mayoritaria creía en los principios y la ideas innatas con lo que sentaron las bases del derecho natural distinguiendo el *ius naturale* del *ius gentium*.

La llegada del cristianismo asestó un duro hachazo al desarrollo del pensamiento humano, desde la protección de Constantino y mucho más desde Justiniano no existió otro conocimiento que el revelado y, en consecuencia, no había nada que pensar, aunque lo muy cierto, como no podía ser de otra manera, fue que nunca llegó a haber acuerdo total sobre la verdad revelada y así surgieron diferentes corrientes cristianas, nestorianos, monofisitas, arrianos, trinitarios, etc.; cada cual defendía su punto de vista, quienes consiguieron

imponerlo se consideraron ortodoxos y los que fracasaron en ese intento quedaron para la historia como heterodoxos o herejes, sufrieron persecución y malvivieron sus creencias, aunque algunas han llegado hasta nuestros días.

¿Y los filósofos?, se les aplicó la misma medicina, en Alejandría, el centro cultural más importante del mundo en la época (y durante varios siglos), donde San Cirilo incitaba a la matanza de judíos, Hipatia, una dama distinguida que se permitió mostrar su adhesión al neoplatonismo y a las matemáticas fue “tirada de su carro, despojada de sus ropas, arrastrada a la Iglesia y matada inhumanamente por Pedro el Lector y una horda de fanáticos salvajes y despiadados, su carne fue separada de los huesos con cortantes conchas de ostras y sus temblantes miembros entregados a las llamas”, el proceso judicial se resolvió con presiones y alguna dádiva quedando el crimen impune, todos entendieron el mensaje, la libertad de pensamiento pasaba a ser un sueño y los filósofos fueron definitivamente sustituidos por los teólogos.

Hasta el prerrenacentismo de los escolásticos todo se mantuvo en el oscurantismo, pero la Europa de los siglos XII y XIII, cuando las monarquías consolidaban sus territorios mientras que paralelamente el sacro imperio caía en barrena y cuando la corrupción y el abuso de poder de la Iglesia se hacía insoportable, era propicia para que surgieran voces dispuestas a manifestar opiniones personales aun a riesgo de

situarse fuera de la ortodoxia, es la época en que el pensamiento intelectual comienza a abandonar a Platón volviendo su mirada hacia Aristóteles, lo que supone asumir una actitud racional que lleva consigo la utilización de silogismos y la deriva hacia la polémica y la dialéctica, de cualquier forma son tiempos complicados para dejar al pensamiento mucha capacidad de maniobra, los dogmas siguen imperando y es poco el espacio que dejan libre; sin embargo la mente es un viajero al que difícilmente pueden ponerse barreras y fue frecuente en la época que hombres ilustres tuvieran que retractarse de sus afirmaciones ya que su atrevimiento les llegó a colocar en situaciones muy peligrosas, así sucedió con Roscelino, Abelardo y tantos otros. Otros tuvieron el atrevimiento de alejarse de la ortodoxia y para ellos fue peor, se les calificó de herejes y fueron perseguidos hasta su eliminación, entre ellos estuvieron los albigenses y los waldenses, fueron movimientos que cautivaron a las masas seguramente no tanto por la seducción de sus mensajes dogmáticos como por el descrédito de la institución eclesiástica, pero quien tiene el poder desea por encima de todo perpetuarse en él, la reacción de Roma fue crear la Inquisición que se ocuparía de depurar con el fuego las causas heréticas.

Los filósofos escolásticos, en esa complicada labor de avanzar sin agredir lo establecido consiguieron logros

importantes que iban a permitir la eclosión del humanismo renacentista, lo que sucedió, seguramente, más allá de sus pretensiones. Los averroístas afirmaban que el alma es inmortal por su vinculación al intelecto, que es impersonal e idéntico en distintos individuos, este juicio despertó dudas que intentaron aclarar estableciendo el concepto de “la doble verdad”, en virtud de la cual existe una verdad que está basada en la razón y por ello en la filosofía y otra que se basa en la revelación, y corresponde a la teología; se pretendía establecer una relación amistosa entre la razón y el mito aceptando como válidas las dos fuentes de conocimiento, pero ése es un matrimonio con poco futuro. San Tomas, seguramente la figura más destacada de la Escolástica, apuntó que el intelecto forma parte del alma de cada hombre, como por otra parte añadió que las almas de los animales no son inmortales, puede relacionarse su doctrina con las apuntadas por los averroístas, aunque con una diferencia notable ya que personalizaba el intelecto de cada individuo, en esa línea se desarrolló también Occam que insistió en la posibilidad de estudiar la lógica y el conocimiento humano sin referencia a la metafísica y a la teología, afirmaba que “los límites de nuestra experiencia externa e interna son también los límites de la ciencia rigurosa. La metafísica entera no es objeto del saber, sino de la fe”, estaba muy claro, la sabiduría es consecuencia del conocimiento empírico, no existe ninguna otra fuente, y en

consecuencia las enseñanzas de Platón fueron erróneas, esto sucedía en el siglo XIV y las mentes más despiertas de la Iglesia ya debían barruntar lo que se les venía encima. La obra estaba cimentada, era necesario comenzar a levantar el edificio y eso sucedió a partir del siglo XV.

Separar la ciencia del dogma fue volver a aquel tiempo magnífico en que los griegos supieron distinguir entre la razón y el mito, por ellos ese tiempo es conocido como el Renacimiento, las consecuencias inmediatas fueron muy claras, de una parte se comenzó a dejar de considerar a la Iglesia como fuente de conocimiento, incluso se puso en duda su magisterio, Lutero se enfrentó a Roma negándole el privilegio de tener la exclusividad sobre la interpretación de las Sagradas Escrituras, según el fraile alemán ésa es una opción que debe estar al alcance de cualquiera; la otra consecuencia fue mucho más importante para la evolución cultural de Europa y a la larga del resto del mundo occidental, la emancipación intelectual de los hombres respecto a la Iglesia condujo al desarrollo del individualismo. No vamos a sumergirnos en una exposición exhaustiva sobre todas las tendencias que surgieron en la explosión renacentista, eso va más allá de las pretensiones de este ensayo, aunque sí recordaremos agradecidos a algunos de ellos como Copérnico, Erasmo, Luis Vives, Lorenzo Valla, Giordano Bruno, Galileo... y tantos otros, aquel fue un mundo en efervescencia en el que

junto a ese sentimiento individualista, o gracias a él, se despertó una actividad extraordinaria tanto en lo científico como en lo que afectaba al pensamiento abstracto, pero también, al redescubrir la belleza del mundo clásico, surge una estética que parece envolverlo todo. La fascinación del momento fue tan grande que ni la Iglesia supo sustraerse a ella, el papa Nicolas V (de 1447 a 1455) nombró secretario apostólico a Lorenzo Valla, un epicúreo que demostró la falsedad de la Donación de Constantino (una de las páginas negras de la historia de la Iglesia), ridiculizó el estilo de la Vulgata y acusó a San Agustín de herejía; no fue el único papa que manifestó simpatía por el humanismo emergente, y así fue hasta el saqueo de Roma en 1527, momento en el que la Iglesia reacciona comprendiendo que debe reafirmar su autoridad enfrentándose a cuantos cuestionan su magisterio amparándose en ese humanismo que no es otra cosa que la libertad individual, las consecuencias de esta reacción se escribieron con sangre, el intento de restauración de los valores objetivos que estaban en cuestión originó un movimiento que se denominó la contrarreforma y que condujo a las sociedades europeas al absolutismo; disidentes, brujas y herejes lo pagaron con la vida, el pueblo llano con la opresión.



No es posible reflexionar sobre el conocimiento humano sin reparar en Descartes, cuando un filósofo de su capacidad, uno de los más grandes de la historia, llega a dudar de todo cuanto le rodea admitiendo únicamente su propia existencia (cogito, ergo sum), sobre todo si cuestiona “la experiencia pasada: lo que está escrito en los libros, lo que enseñan los maestros...”, nos hace pensar. Una mente tan brillante tenía que acudir a Holanda, el único país europeo donde podía darse, en el siglo XVII la libertad de pensamiento, con el tiempo tampoco allí pudo vivir tranquilo, fue atacado y vejado por los fanáticos protestantes, por fin decidió dirigirse a Suecia atendiendo la invitación de la reina Cristina, pero no pudo habituarse al clima de su país de acogida y cinco meses después de su llegada murió.

Descartes dudó de lo escrito y de las enseñanzas recibidas (en definitiva de todo) y solo con su mente y su pensamiento supo llegar a la confirmación de que Dios existe, a nadie se le ocultará el alcance de sus ideas; en primer lugar ponía en entredicho la utilidad del magisterio de la Iglesia, incluso de las Sagradas Escrituras, pues si cada uno de nosotros somos capaces de encontrar a Dios en un ejercicio de introspección ¿Qué necesidad hay de que otros nos digan cómo hemos de verle?, pero además, esa afirmación nos aleja de un Dios trascendental aproximándonos a otro inmanente, y así fue como lo consideró un judío holandés, Spinoza, el

filósofo del panteísmo, doctrina que en buena medida conecta con el estoicismo, el taoísmo, los místicos, los gnósticos y el mismo pitagorismo. Pero en el mensaje de Descartes aún había otro regalo envenenado para las instituciones religiosas de su tiempo, fue la reafirmación del subjetivismo, del yo como “cosa pensante” ante el exterior como “cosa extensa”; este individualismo basado en la razón ¿acaso no nos recuerda el relativismo de Protágoras? Y esa necesidad de recurrir a la razón como el vehículo más idóneo para alcanzar el conocimiento considerando que nuestras percepciones pueden ser en sí mismas engañosas ¿no recuerdan, a su vez, a Heráclito?

Con fundamento se ha definido al gran maestro de Tours como el padre de la filosofía moderna, y confirmaremos esta apreciación continuando nuestro periplo por alguien que sintió mucho su influencia, nos referimos a John Locke, el filósofo inglés al que se considera el fundador del liberalismo filosófico, le cabe el honor de ser el revolucionario en el mundo del pensamiento que permitió un afianzamiento del individuo frente a los conceptos establecidos, con su doctrina y a la vista de la enorme proyección que alcanzó (fueron sus seguidores Montesquieu, Voltaire, Hume, Berkeley y un largo etc.), llegó la Ilustración y con ella, aunque de forma cruenta, se fueron terminando los absolutismos, las instituciones religiosas vieron reducirse su área de influencia y el hombre,

al dejar volar libremente su pensamiento y su capacidad creativa entró en un proceso de desarrollo cultural extraordinario, como nunca antes se había conocido.

Un principio permanente de su mensaje, asumido plenamente por el movimiento liberal, fue la carencia de dogmatismos; consideraba que la verdad es difícil de alcanzar por lo que era razonable no sostener las opiniones propias de forma absoluta manteniendo cierta medida de duda, a nadie se le oculta que la asunción de estos principios por las instituciones políticas, así sucedió en la Inglaterra de su tiempo, conducían a la tolerancia religiosa y a la democracia parlamentaria. En su opinión el nivel de aceptación de una proposición depende de las causas de probabilidad que haya en su favor; los principios vitales que asumimos deben estar basados en lo más probable y no en lo que solo es posible, esta última vía es el coladero por el que nos llegan todo tipo de idealismos y dogmas, pero Locke nos ayuda en la dirección emprendida afirmando que “los motivos de probabilidad son dos: conformidad con nuestra propia experiencia o el testimonio de la experiencia de otro”

Aunque resulte una cita extensa parece conveniente transcribir el siguiente párrafo extraído del “Ensayo sobre el entendimiento humano” de Locke (Libro IV Cap. XVI)

“Puesto que es inevitable que la mayor parte de los hombres, si no todos, tengan varias opiniones, sin pruebas

ciertas e indudables de su verdad; y ocasiona una imputación demasiado grande de ignorancia, ligereza o necedad, para los hombres que dejan y renuncian a sus primitivos dogmas ante la fuerza de un argumento que ellos no pueden inmediatamente contestar demostrando su insuficiencia; convendría, a mi juicio, a todos los hombres el mantener la paz y los oficios comunes de la humanidad y amistad en la diversidad de opiniones, puesto que no podemos razonablemente esperar que cualquiera se ofrezca presta y obsequiosamente a dejar su propia opinión y a abrazar la nuestra con una resignación ciega a una autoridad que el entendimiento del hombre no reconoce. Pues, aunque pueda a menudo equivocarse, no puede reconocer otra guía que la razón, ni someterse ciegamente a la voluntad y dictados de otro. Si el que queréis traer a vuestras opiniones es una persona que examina antes de asentir, tenéis que darle permiso a su conveniencia para que vuelva a examinar las razones y, rememorando lo que está fuera de su mente, examine los detalles, para ver de qué lado está la ventaja; y si él no encuentra argumentos de bastante peso para leerse otra vez en tantos trabajos, eso no es sino lo que con frecuencia hacemos nosotros en caso parecido; y nosotros tomaríamos a mal si otros nos prescribieran qué puntos debíamos estudiar; y si es de los que desean tomar sus opiniones a crédito, ¿cómo podemos imaginar que habría de renunciar a los principios

que el tiempo y la costumbre han establecido de tal forma en su mente que él los cree evidentes y de una certeza indudable; o que él considera como impresiones que ha recibido del mismo Dios, o de los hombres enviados por él? ¿Cómo podemos esperar, digo, que opiniones así afincadas sean abandonadas ante los argumentos o la autoridad de un extraño o adversario, particularmente si hay alguna sospecha de interés o designio, como nunca deja de ocurrir cuando los hombres se hallan mal tratados?... La necesidad de creer sin saber, a menudo con razones muy débiles... debía hacernos más afanosos y cuidadosos en informarnos que en coaccionar a otros”

Magnífica lección de lógica y de tolerancia, no sería mala cosa que tantos políticos actuales que manipulan la realidad, recurren a la demagogia con excesiva ligereza, realizan juicios de valores y de intenciones de forma habitual y fuerzan la realidad de las cosas para llegar a afirmaciones tendenciosas, retomaran la lectura del maestro inglés pues en ocasiones cuesta creer que lo hayan leído una sola vez.

John Locke fue el padre del empirismo moderno, corriente de pensamiento que Home impulsó llegando a ser, sin duda su representante más relevante.

Desde el idealismo alemán, que fue la reacción intelectual a la Ilustración, fue Kant quien quiso dar visos de ciencia a la metafísica, cuestión que a Locke le mereció el siguiente comentario recogido en una carta dirigida a un amigo “Usted y yo estamos bastante hartos de este tipo de enredos”

El conocimiento y la forma de adquirirlo, ha inquietado desde siempre a los filósofos, y es lógico que así sea, no se trata de una cuestión baladí, la actividad humana se basa fundamentalmente en el conocimiento, la falta de él nos incapacita para tomar decisiones o posicionamientos ante cualquier cuestión, así que es el momento de saber si el pequeño recorrido que hemos realizado en este capítulo, aparte de las referencias realizadas en otros, nos ha conducido a alguna conclusión aceptable.

Hay dos formas distintas de conocimiento, trataremos primero la filogenética, en ella recogemos toda la información que acumulamos genéticamente, es el conocimiento objetivo, el que mantiene con vida a la inmensa mayoría de las especies animales, permitiéndoles reaccionar de determinada manera, y no de otra, ante unas circunstancias determinadas; la otra forma de conocimiento es la ontogenética, que se refiere a la información acumulada a lo largo de la vida del animal, es la experiencia, también los animales se valen de ella, sobre todo los mamíferos, son muchas las especies que pueden llegar a

adoptar pautas de comportamiento en función de determinados estímulos, sobre todo si son reiterados, por ejemplo es lógico que si nuestro perro nos ve coger la correa cada vez que le sacamos a la calle termine relacionando una acción con la otra y brinque de alegría a la vista del primer gesto. Podemos generalizar diciendo que es habitual que el conocimiento ontogenético se produce entre los animales irracionales por asociación de percepciones; pero ¿es lo mismo entre los animales racionales? En principio sí, no se nos debe ocultar que tan solo somos una especie más en la vida de nuestro planeta; sin ninguna duda los niños, en cuanto son capaces de fijar las señales que perciben, imágenes, sonidos, olores... comienzan a asociar las experiencias que pueden llegar a relacionar con esas percepciones, pero los humanos fuimos favorecidos en el proceso evolutivo con una mente poderosísima que nos permite compensar nuestra incapacidad para reaccionar objetivamente (filogenética) recurriendo a la ontogenética, porque es evidente que si nuestras reacciones estuvieran limitadas a la posibilidad de asociar un acontecimiento a una percepción previa nos hubiéramos enfrentado como especie a dos problemas insuperables, el primero sería la limitación de nuestra capacidad de respuesta, ya que en todo caso sería necesario el binomio del estímulo y el suceso, y el segundo supondría la lentitud de respuesta ante el estímulo, que para

una especie tan falta de recursos físicos y objetivos como la nuestra hubiera supuesto un freno importante en su desarrollo, incluso una amenaza para su supervivencia.

Lo que nos lleva a que la ontogenética, para los humanos, va más allá de la asociación viéndonos forzados a incorporar un concepto nuevo que llamaremos interpretación; y precisamente para poder interpretar los signos que percibimos a nuestro alrededor recurrimos a la capacidad intelectual de la que estamos dotados, claro que asociamos, pero también somos capaces de estimar situaciones análogas, aunque lo sean parcialmente, y podemos calibrar riesgos y acumular experiencias que podemos transmitir a quienes nos rodean, y con todo ello llegamos a configurar un bagaje cultural que puede permitir a otros realizar sus propias interpretaciones aunque no hayan llegado jamás a vivir una experiencia determinada, y la mayor herramienta de la que se vale nuestro cerebro para llevar a efecto esa capacidad de interpretar el entorno es el lenguaje, no es posible encontrar en el mundo natural otro vehículo capaz de transmitir más información y más variada con tanta rapidez; Imaginemos que acudimos a una conferencia en la que se va a tratar sobre la herejía albigense, la sesión, incluido el debate posterior dura una hora y media, parece algo habitual y nada extraordinario pero ¿somos capaces de darnos cuenta la cantidad de mensajes que han emitido los participantes limitándose a



modular los sonidos que salen por su garganta?, sonidos que somos capaces de interpretar, compárese esa situación con la de cualquier otra especie animal en la que como mucho consiguen emitir una pequeña variedad de sonidos que se limitan a cuestiones totalmente básicas, la presencia de un peligro, el deseo de iniciar un cortejo y poco más.

Pues bien, toda esa información que hemos adquirido por la acumulación de nuestra propia experiencia y sobre todo por la experiencia de otros, forma nuestro conocimiento que en todo caso se encuentra inmerso en lo que podemos denominar el conocimiento general o lo que es lo mismo, en nuestra cultura.

Hay dos consideraciones que deben hacerse a esa acumulación de conocimiento.

La primera de ella se relaciona con los orígenes de ese proceso, ya se ha dicho que los humanos sentían la necesidad de interpretar todo cuanto eran capaces de percibir, era ese un hábito en su comportamiento que, como especie, le supuso la supervivencia, pero hay una circunstancia que distingue claramente un conocimiento filogenético de otro ontogenético, el primero es infalible y el individuo nunca se equivoca porque actúa impulsado por su instinto (los genes), pero en la segunda opción es necesario interpretar, eso supone calibrar, valorar, ponderar y la posibilidad de equivocarse, pero no hay otra opción y sin duda, todos lo

sabemos, los errores son frecuentes, aun así el balance no es malo para nuestra especie, a la vista está donde hemos llegado, pero la necesidad de interpretar los signos que percibían condujo a nuestros abuelos, en algunas ocasiones, a conclusiones que no eran consecuencia de un análisis de los estímulos o las percepciones sino propias de una reacción emocional, así fue como nació la simbología, y surgieron las pinturas en el rostro, o los dibujos rupestres, o los collares, o las ofrendas en las inhumaciones que realizaban, fueron los balbuceos de un mundo espiritual, nacido por la necesidad de interpretar fenómenos sobre los que no se tenían percepciones suficientes para poder llegar a conclusiones lógicas, el uso de la simbología se amplió con rapidez, es un recurso fácil, comenzó utilizándose para explicar lo misterioso y pronto se aplicó también para potenciar lo básico o lo fundamental, por ejemplo lo relacionado con la caza, había nacido el mito.

La llegada del sedentarismo y la consiguiente aparición de núcleos urbanos supusieron una nueva aplicación, todo aquello que permitiera incrementar el vínculo social del colectivo, lo que conlleva la aparición de las instituciones religiosas.

Así pues vemos que junto al conocimiento procedente de las experiencias propias y ajenas, el que se basa en circunstancias reales potenciado y desarrollado de manera

extraordinaria por todas las ciencias, existe otro abstracto y misterioso, cuyo origen remoto estuvo en la simbología y en el mito que de una manera genérica lo llamamos idealismo y que intenta, sobre todo, condicionar nuestro comportamiento dentro de la sociedad, incluso más allá de la normativa legal que debe regular cualquier forma de convivencia.

Esto nos lleva a la otra consideración; para plantearla recurriremos a una exposición ciertamente radical, pertenece al filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein, que vivió en la primera mitad del siglo pasado, en su opinión no existe la mente individual que debemos considerarla, en todo caso, desde el punto de vista social, esta afirmación debió remover los huesos de Descartes en su tumba, y sin embargo tiene cierto sentido, porque cada generación se empeña en la tarea de enseñar a sus hijos a ser humanos según como lo entienden ellos mismos, y como vivimos en un mundo socializado lo que hacemos es enseñar a los niños a comportarse socialmente, así que podemos afirmar, sin riesgo de exagerar, que a través de la educación, ejercida en función de unos intereses establecidos socialmente, configuramos el conocimiento de nuestros hijos.

Es cierto, sin ninguna duda, pero solo en el aspecto ideológico, los aspectos científicos y tecnológicos, así como el conocimiento material del mundo que nos rodea no puede verse intoxicado por ese dirigismo, pero no sucede lo mismo

con la parte de nuestro conocimiento que se basa en un mito pretendidamente intelectual, nos referimos, una vez más, a los conceptos abstractos, que también podemos denominar idealismo o simplemente mito, reacciones sublimes como la del Renacimiento o la Ilustración nos permiten creer que Wittgstein estaba equivocado, aunque balances tan terribles como el del pasado siglo XX, el más sangriento de la historia de la humanidad, en el que murieron decenas de millones de personas siempre en defensa de determinadas conciencias colectivas que pretendían imponer sus propios valores nos obliga a permanecer alertas, la sociedad es una realidad incuestionable, sería ocioso y un error, calificarla positiva o negativamente, como tal debe regularse para que la convivencia sea posible, pero no se le debe considerar más que un medio para que cada uno de sus componentes puedan desarrollar una existencia feliz y libre, en la medida de lo posible, el individuo es la prioridad y cualquier forma de alineamiento o manipulación intelectual debe ser desaprobada.

